

RAFAEL



HIJOS DE S. RODRIGUEZ
BURGOS

E. B.

999





BENAVITES



Handwritten signature or scribble



BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA HISPANO-AMERICANA

RAFAEL

CUENTOS Y FANTASÍAS

POR

ANGEL BUENO

ILUSTRACIONES DE BARRIO



1901

BURGOS:

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ,

Pasaje de la Flora, 12.

MÉXICO:

RAMÓN DE S. N. ARALUCE,

Callejón de Sta. Inés, núm. 5.

Es propiedad de los editores.
Queda hecho el depósito que la
Ley marca.



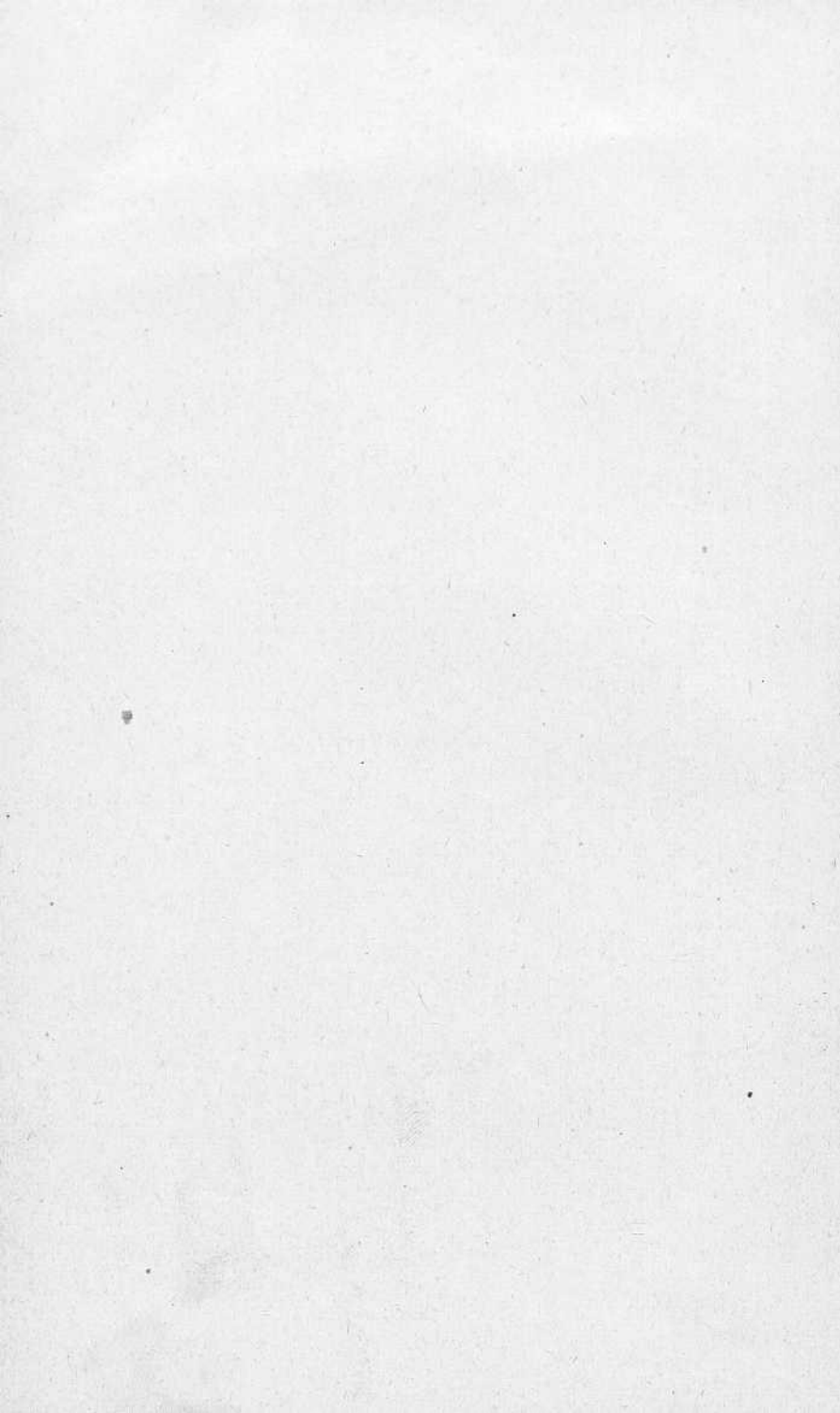
*A mi querido discípulo
y amigo*

Rafael Rojas de Vicente,

en recuerdo gratisimo de su primera comunión.

Angel Bueno

Madrid, 1.º Marzo 1901.



Prólogo

Siempre idealizando, cuando ocasión favorable se me presenta para escribir libremente, libertad doy entusiasmado á uno de tantos generales pensamientos que con paciente (ya que no con inteligente) esmero cultivo en los recónditos jardines, mejor diré en los invernaderos de mi alma, y allí retengo hasta que bondades ajenas con esfuerzos propios se funden para poder con la pluma dar forma al ideal y tarea ingrata al cajista y movimiento forzado á la máquina que multiplica las copias con maravillosa rapidez. Y lo hago con tal entusiasmo, no porque piense vano en que haya de gustar mi trabajo á los demás, sinó porque me gusta á mí, y en esto soy tan egoistón como generoso en otras cosas; y porque persigo general fin en todas mis publicaciones espontáneas, fin que me tiene muy enamorado de siempre y para siempre.

¡Ahora bien!... La ocasión del inaugurar esta pequeña biblioteca que en su incansable celo por la educación funda la casa *Hijos de Rodríguez*, me proporcionó el placer de presentarte unos cuentecillos fantásticos, en la literatura popular del Norte encarnados; cuentos que no podrás tildar de falta de originalidad en el sentido de no ser ellos copia ó plagio de otros oídos ni leídos, pero en que naturalmente hallarás

dejes, reminiscencias, recuerdos de los recolectados por famosos rebuscadores de narraciones dramáticas que el pueblo conserva tradicionalmente allá, en la antigua Germania. Como en otras colecciones que con amor grande confecciono podrás en su día hallar sabor ibero, galo, oriental... Así, muy bien sé que si por mi felicidad á miel te supiere algo de lo que el librito encierra, esa miel la hallarás de sabor propio; más al paso, al gustarla verás con la imaginación muy conocidas flores en que la abeja se posó entusiasmada, admirando y aún libando para confeccionar el fruto que te ofrece. Ya ves, pues, que no capricho, sinó reflexión muy honda encarnó mi modesta labor ahora, por la cual doy culto al encanto que en mi alma ejerce esta popular manifestación del sentimiento de la belleza, del bien, de la verdad, que encierran los tradicionales cuentos de cada país, en que puede y debe profundizarse mucho; este modo peregrino que toda asociación humana tuvo y tiene y tendrá de moralizar inventando y narrando fantásticamente, y muy en especial al modo especialísimo como lo hizo la raza del Norte de Alemania, soñadora sin rival en su género.

Ni en mi conciencia de educador temo irle al niño con fantasías en los umbrales del vigésimo siglo: ¿Por qué?... ¡El *positivismo!* ¡El *realismo!*... ¿Llenan ellos, pueden llenar la vida del alma? ¡Me aterrorizo ante la idea de un predominio en tal sentido!... ¡Vivir sin gustar las dulzuras sabrosísimas de la imaginación bien conducida! ¡Dios mío, qué tristeza, qué desconsuelo sin igual! ¡Vivir en el desengaño perenne, sin ilusiones, sin poesía!... ¡Fervientemente pido á Dios que aleje tal modo de existencia de toda persona por quien yo sienta simpatía, y que á mí me conserve esta

dichosísima manera de ser que me hace vivir siempre satisfecho, resignado, alegre, feliz, sin gustar apenas las amarguras en que á cada paso caen los que sólo en muy contados tropiezan con la señora *Imaginación*, y aun entonces de ella se ríen y á mala parte la echan. Quiero aquí moralizar, y lo hago como lo hizo el común sentir de los hombres todos de buena voluntad y de criterio hecho en la práctica, no en el libro. ¡Desmintió en tiempo ni espacio el pueblo ni el niño su interés manifiesto, su constante amor, su veneración acendrada, por esta labor literaria en forma espontánea y primitiva, de los pueblos niños, á que decimos *cuento popular*? ¡Ni jamás podrá desmentirlo! La verdad es en sí árida, y que revestirla hoy con ropaje seductor para admitirla cuando el criterio no está bien formado de modo que al natural guste; y este ropaje ha de ser fantástico, porque la *Imaginación* despierta desde los albores de la vida, y atrae y conmueve con sus fingidos hechos al hombre niño y al pueblo, más que la realidad. Ni sólo es verdad ni lo es siempre aquello que pasó ó pudo pasar, si no también y en todo caso aquello que manifestación concreta y clara es de cual debe ser la vida; advierte, pues, que por eso mismo expongo aquí la verdad al enseñar cómo el hombre obrará bien, según voluntad divina (porque Dios es el camino de verdad, y la luz de ella, y ella misma), y al contrario cómo obrará mal. Así, como camino con la frente noblemente elevada, puesto pensamiento y voluntad en Dios, siento que busco la verdad, que voy por la vía que á ella conduce, que es en principio bello y bueno y verdad lo que digo (aunque me exprese mal), y sobre todo útil, porque nuestro lo que debe ser, no lo que es. Si por modelos de la vida tomamos á Dios y su

Reino, ineludible deber es tender á ellos siempre; y á ellos tiendo al señalar en parte como debiera ser, no como es, la sociedad humana, aunque la revista de fantásticas formas, que procuro no aterroricen en ocasión ninguna. No es mayor verdad decir lo que verifican los hombres en muchos casos, llevados por tentación, que decir cómo debieran obrar para aproximarse más y más al Modelo de la vida. Contar virtudes imposibles, es enseñar á vivir, conducir por el camino recto, que es la gran verdad, no importando nada si con caracteres maravillosos se presenta. Por inverosímil que sea, verdad contundente es cuanto á Dios tiende, Absoluta Verdad Eterna.

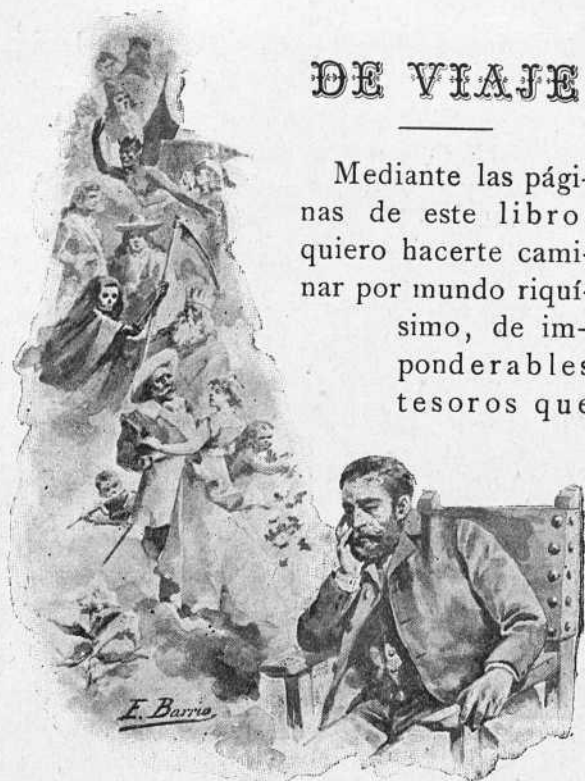
Una última advertencia: hace muchos años que celebro el 1.º de Mayo á mi modo, publicando un libro de moralización y educación, siempre y cuando las circunstancias me lo permiten; y esto lo hago porque, como ya he dicho en otra parte, en la buena educación ffo para el porvenir de nuestros nietos el buen arreglo de la cuestión social, que á todos tan justamente nos preocupa.

ANGEL BUENO.

Madrid, 1.º Mayo, 1901.

DE VIAJE

Mediante las páginas de este libro, quiero hacerte caminar por mundo riquísimo, de imponderables tesoros que



envidiarían los mayores potentados de la *Tierra*; de pensamientos sublimes; de obras sin comparación aquí.... En el fondo de las grutas, en la selva, en el lago, en la montaña, en el valle, en la mísera cabaña del pastor y en el espléndido alcázar del soberano, res-

plandecerán tales tesoros inagotables de materiales riquezas, de poder, de sabiduría, de bondad, de justicia, de perfección.....

Es muy agradable viajar algunos momentos por este mundo encantador, en donde todo se adquiere y disfruta fácilmente, distribuyéndose con equidad admirable, muy lejos de este apasionadísimo reparto á que decimos por aquí *conquista, recompensa, justicia*..... El alma, la noble alma, retenida imprescindiblemente por ataduras sociales durante largas horas de angustia en esta sorda y destructora lucha por la existencia material, se expansiona, se remozca con estas excursiones á felicísimo país que nadie pisó y que ninguno dejó sin embargo de ver; país en donde todo es al modo como esa noble alma, por Dios creada á su semejanza, desea: grandes bienes para la virtud, grandes calamidades para la maldad; el premio y castigo, la recompensa, en su tiempo justo y en su justo grado. ¡Ríete de los que reirse intenten de esta *simplicidad* á que nosotros, los *soñadores*, decimos *mundo imaginativo!* ¡Desgraciado quien apegado al mundo de las realidades vive en tal forma que no goza, que no sabe ni quiere gozar, del de las ficciones, en razonable medida y tiempo!.....

De estar en lejanos otros ya pasados, hubiera tenido que decirte aquí:—Mira, hijo mío, no vayas á tomar por realidades mundanas lo que enjendro es pura y simplemente de imaginación. Mira no vayas á creer que te hablo de hechos presenciados por mí ó por otros en donde simplemente fantaseo.— ¡Hoy, en los umbrales del vigésimo siglo, no hace falta esto!: Nacéis y os desarrolláis, al menos en las grandes ciudades y por término general, con luz de inteligencia para verme yo dispensado de tal advertencia, para evitarme el decirte que mucho de lo que leerás no sucedió, no podría suceder en lo real; que es obra de la *fantasia*, de esta loquilla bondadosa é infatigable que sufre al vernos tan esclavizados á la vida material, por necesidades imperiosas del vivir; y que compadecida, al preso en su oscuro encierro, al incurable paralítico en su postración continúa, al indigente en su necesidad constante, al ciego en su noche eterna, al anciano en su amargura de achaques, al ignorante y al sabio y al artista, á todos, ilumina las tinieblas y alegra la soledad; á todos consuela, llevándolos por estos caminos sembrados de venturas, de pedrería ó estrellas, de semi-eternidad ó semiomnipotencia; al conoci-

miento de sencillísimos pastores que por esa misma sencillez de vida en buena conciencia son recompensados con incalculables bienes; al de poderosos reyes que por su avaricia, soberbia, malas entrañas, llevan el más grande castigo.

De regreso de tales viajes al mundo de la imaginación, el alma vuelve á sus penosas tareas más fortalecida, y resignada espera recordando. ¡Desgraciado quien petrificó su corazón, quien metalizó su alma, porque á esos no les es dado llegarse al reino de la fantasía! ¡Dichosos el artista, el piadoso, el sabio (que en sí encierran todo lo digno, como representantes que son de Belleza, Bien y Verdad), porque ellos saben llegarse al tal reino como la prudencia manda, y en él gozar la recompensa justa á su virtud de vida terrenal!

Ahora bien, amigo mío: He entonado mi canto de alabanzas á la *Imaginación* y sus dominios; y debo señalarte la ventaja, la necesidad, la imprescindible necesidad de elegir para nuestra excursión por ellos un buen compañero de viaje; porque por lo mismo que es amenísimo el campo que á recorrer vamos en muy pequeña parte, pudiéramos fácilmente en él extraviarnos; lo

grato fascina siempre, y de color de rosa lozana se ofrece atractivo por extremo. ¡Y hay tanto peligro en errar el buen camino de la imaginación!... ¡Tanto, tanto, como ventajas en seguir la senda conveniente por sus campos de consuelo inestimable! Porque has de saber que la imaginación mal conducida lleva á la locura, al crimen, á la perdición eterna; al paso que bien guiada, por ella se llega á la santidad, á la ciencia, al arte...

Todo es según quien inspira y conduce. Pero no hay miedo aquí, podemos marchar serenos, confiados; porque cuento con un buen compañero de viaje para nosotros, y voy á tener el gusto de presentártelo para que le ames como yo le amo:

—

«Oye, hijo mío, las palabras de mi boca, y asiéntalas en tu corazón como cimiento»; empieza por decirle un amantísimo padre, anciano y ciego, á su hijo, á quien dá saludables consejos á fin de que le sirvan de fundamento para la dicha ambicionada. Había de hacer largo viaje, y por su tranquilidad y por el bien del mozo mandóle buscar el amante anciano *buena compañía*. Muy cerca de la puerta encontró el adolescente á

un gallardo joven en traje de marcha. Sáludale cortés, le pregunta hacia adonde se encaminará, y sabiéndolo le ruega humilde si consiente que lo acompañe. Aceptada con gusto la proposición, y despidiéndose ambos del anciano, dicele á éste el joven desconocido, amortiguando sus aflicciones y temores: —¡Está tranquilo! ¡En salud le llevo, y te le devolveré en salud!—

Y así fué, y más aún: porque le llevó jovencillo inexperto y le trajo por todo extremo envidiable: que lo condujo durante el camino material á la espiritual mansión de la propia fortaleza de ánimo, á la salvación de gran infortunio ajeno, á la riqueza, á la sublime enseñanza del vencer la tentación pecaminosa para vivir luego en paz de espíritu. Y todo esto fué obrado en él porque se dejó en todo guiar del noble joven, una vez que conoció sus méritos grandes; y porque supo decirle con sencillez de alma, en vista de lo que por él hacía: —¡Aunque me entregue á tí por esclavo, no te habré pagado cual debo tus cuidados por mí!—; y porque supo abandonar en el camino la felicidad mundana de que se acompañaba para correr á saludar al padre, á quien dejó achacoso y ciego, anhelante de besarlo y curarlo con el mara-

viloso remedio de la fé en Dios, que su compañero le enseñó también... Y, en fin: el joven de que te hablo, el Tobias de la Biblia, fué feliz toda su vida porque cuidadoso intentó y acertó á dejarse guiar en todo por su gran compañero de viaje: *Rafael*, el divino arcángel que te dió á tí nombre dichosísimo, mi querido amigo, y que nos dará buen acierto seguramente para caminar por las páginas de este libro—que te dedico gustosísimo—por el mundo de la fantasía; tu Santo venerando, á quien en el colmo de su agradecimiento—virtud que es al alma cuanto al jardín la belleza y perfume de las flores—no sabía como recompensarlo Tobias, diciéndole á su padre, sencillo y generoso: —¡Ruégote, padre mío, que le pidas si por ventura querrá aceptar la mitad de cuanto poseo!— Y como él, como el Arcángel, te contesto yo á la muestra de agradecimiento que al ver entre tus manos este libro leo en tu alma generosa:—*¡Bendice á Dios, y canta sus maravillas, hijo mío!*



LOS YERBAJOS DE LA MUERTE

¡Fué una batalla espantosa! Los defensores de la plaza, casi sin municiones ni víveres, se esforzaban bravamente, con grandes probabilidades de sucumbir pronto ante el extraordinario número de combatientes sitiadores; pero heroicos en su defensa, habíanse dicho con el corazón: «¡Morir por la patria es conquistar la gloria! ¡Sigamos defendiéndola aquí hasta exhalar el último aliento!» ¡Y así es como se vence sin elementos materiales, ó se sucumbe gloriosamente!

Es el caso que el jefe de las fuerzas sitiadoras pensó: «El mayor número de los que con vida cuentan aún allá adentro, se han reconcentrado en el torreón del Poniente, superior punto estratégico para ellos. Así, médio seguro de acabar muy pronto este largo asedio es abrir mina y encender mecha en las bases del torreón. ¡Cuestión de unos minutos luego, cuando todo esté corriente!...»

Y dicho y hecho; la mina se abrió, y se comisionó á valerosísimo soldado para prender la mecha que, inflamando la pólvora, haría estallar en fragmentos el torreón y sepultaría entre los escombros á los defensores, en número efectivamente de 500, 600 hombres, casi el total de los sitiados....

Al valiente ejecutor se le encogía el corazón al acercarse al sitio y momento de realizar el cumplimiento de su deber. ¡Era el primer deber militar que le costaba trabajo cumplir, á él, tan pundonoroso!... Y cuando llegado allá y después de muchas vacilaciones se dispuso á pegar fuego á la mecha, en sublime arranque de bondad



tiró lejos la candela diciéndose: «¡Pues señor, que no comete esta barbarie el hijo de mi bendita madre!... ¡A los héroes, se los vence! ¡No se los asesina!...»

Sabiendo de sobra que el no cumplir la

orden encomendada á sus méritos era entregar la pelleja, con igual valor y resolución se dispuso luego á perder la libertad, á entregarse á sus jefes. Pero he aquí que se le aparece la *Señora Muerte*, y tomándole entre las manos como el mármol frías la suya ardorosísima por la fiebre instantánea de las grandes resoluciones, dice: — ¡A Dios corresponde el premiarte la heroica acción nobilísima que acabas de realizar!... Y á mí, el recompensar el gran trabajo que me has ahorrado de tener que guadañar 500 cabezas en un minuto; ¡cabezas firmísimas como de esforzados combatientes! Podía muy bien recompensarte con el aviso del tiempo que tu existencia durará, del día y hora en que me llegaré á cortar el hilo de tu vida... ¡Pero no! Fué de extraordinario mérito tu acción, y quiero corresponderte extraordinariamente.—

Y tomándole en sus helados brazos descarnados, le llevó lejos, muy lejos, adonde el fragor de la batalla no se oía, desde donde imposible observar ni la más ligera nubecilla de humo del tiroteo.

—Toma esa mísera yerba que ahí ves. Examínala bien, y pronto te convencerás de que abunda por todas partes. Hasta el pre-

sente, ningún hombre supo aprovecharla; mejor aún, nadie puso interés en examinarla tan siquiera; porque es común creencia estúpida de tus hermanos los hombres, que nada bueno hay que buscar en lo vulgar, en lo que abunda, en lo que á diario vemos; que sólo en lo extraordinario hay ó puede haber virtud!... ¡Y bien!... Quiero enseñarte que con una simple infusión de tales yerbas curarás toda enfermedad curable. Ve á la capital del reino; adquiere casa y vestidos que correspondan á médico de gran reputación; hazte anunciar como tal en los periódicos. Para todo ese gasto, búscate el dinero preciso (pues yo no dispongo de un céntimo, que ya sabes cómo todo lo material lo dejo en este mundo, no llevándome nada de nadie); muy pronto podrás devolverlo todo con creces, pues en poco tiempo harás gran fortuna. Te solicitarán de todas partes, y tu fama crecerá como la espuma. Aunque nadie me verá, para tí estaré siempre visible, mis sombrías alas extendidas sobre el mortal á quien la hora le sea llegada; y entonces no usarás del poder de tu yerba milagrosa. ¡Mucho cuidado, con tu fidelidad en ésto, pues perderías la vida de otro modo!—

Y después de hablar así, desapareció mis-

teriosamente, y dejó envuelto en el asombro á nuestro hombre.

Y fué un hecho que su fama y su bolsillo crecieron como la espuma, y que de todas partes venían á solicitar su asistencia en forma que le era imposible complacer á todos.

Las gentes se maravillaban de que al entrar en el cuarto de un moribundo pronosticara al punto su curación ó su irremediable muerte, y que á las dos ó tres tomas de su preparado mejorara el enfermo, que por completo sanaba en breve.

Se dió el caso de conservar así la vida de muchos personajes, del propio rey, para curar una enfermedad del cual fueron inútiles los más eficaces remedios propinados por los más expertos médicos de toda la nación, que opinaron unánimes su próxima muerte irremediable. Y claro es que en aquel caso su fama y estimación de gran sabio aumentó más y más.

En cambio, enferma de muerte algo después la princesa heredera del reino, no pudo intentar salvarla porque su protectora estaba allí, á la cabecera, cubriéndola con sus alas sombrías; y lo sintió de veras, mucho más cuando el rey se la prometió en matrimonio

si la salvaba. Como sintió en varias ocasiones no poder aplicar sus yerbas milagrosas á la curación de valientes soldados. ¡Pero él no debía, por gratitud y por amor á la vida, faltar á *Señora Muerte!*

Mas un día fué en que gravemente enfermó el sabio más sabio de cuantos existían entonces; sabio que con sus estudios y prácticas había hecho incalculables bienes á la Humanidad, sabio que descubrió los medios de combatir y vencer enfermedades contagiosas, sabio que tenía conquistado respeto y cariño grande en donde quiera que se conocieron sus asombrosos hechos; y tenía anunciados otros nuevos descubrimientos, trabajando activamente para perfeccionarlos cuando la enfermedad le sorprendió.

Avisado el aventurado regalavidas, fué allá con el corazón palpitante de emoción profunda, con el alma llena de generosos sentimientos y pensamientos, pidiéndole á Dios desde lo más íntimo de ella que su señora protectora no se hallara junto al enfermo.

Pero sus buénsimos deseos quedaron contrariados por la realidad: ¡las sombrías alas de la muerte formaban pabellón sobre la cabeza de tan venerable ciudadano!...

Desesperado nuestro hombre, por primera vez desde que ejercía de médico, dijo á los oyentes: — No puedo pronosticar así, de pronto; dejadme sólo con el enfermo.—

Sin testigos, con el pensamiento díjole emocionadísimo á su insensible protectora: —Puede ser príncipe, rey..., y no te supliqué me dejaras faltar una sola vez á mi compromiso. ¡Hoy te lo ruego humildemente, por salvar tan preciosa vida!...—

El soldado



vió dilatarse la habitación en donde se encontraba, llegar á proporciones tremendas,

cambiar por completo de aspecto en ella todo, llenarse el suelo de candelas encendidas, cortas unas, largas otras, consumiéndose cada momento muchas y surgiendo en seguida otras en los mismos sitios.

—¡He aquí vuestras vidas!—dijo la muerte. —Nacéis contando con mayor ó menor tiempo de existencia. Y si ves que muchísimas candelas se apagan antes de consumirse, es porque imprudencias del interesado ó torpezas ajenas precipitan el suceso. Mira aquí tu vida, aún de larga duración, y la del sabio paciente á punto de consumirse. Tú me suplicas de todas veras; acostumbrado como estás á la severa obediencia militar, quiero me oigas sin réplica, como el que forzosamente ha de seguir uno de los dos únicos caminos que se le ofrecen: Mi guadaña está sobre el cuello de ese hombre; sólo puedes salvar su vida dándome la tuya en cambio; sólo poniendo sobre la tuya el diminuto resto de la candela que representa la vida del enfermo, puedes evitar que espire; y esto pronto, muy pronto, pues por instantes se extingue la luz ya! Mas si le dejas morir, ya ves que te queda mucha vida, y comprende que durante ella puedes salvar á muchas gentes aún. Además, el rey tiene

para sus adentros decidido el casarte con la mayor de sus actuales hijas; te lo piensa decir muy en breve, y muy pronto serás rey: pues su candela, que es ésta, ves cuán corta es ya. Así, piensa bien y decide prudente!—

—¡Mi querida protectora!: conservar la vida por ser rey, plato de gusto fuera para mí; pero poco bueno de ello sacaría la Humanidad. Conservarla para evitar la muerte de miles de personas, eso ya sería más útil y hermoso; pero bien pensado, yo, debido á tu protección, podré curar á ciegos á unas cuantas gentes, perdiéndose en el vacío el secreto en el momento de mi muerte; mientras los descubrimientos de este ilustre sabio pasarán de generación á generación, y el número de personas salvadas será grandísimo en todas las épocas y naciones ¡Estoy, pues, decidido á morir por él; amiga mía!—

Y resueltamente tomó la candela que espiraba, colocándola sereno sobre la suya; mientras al mismo tiempo la real cámara tomaba su ordinario aspecto, y él decía á la cabecera del enfermo: —¡Entrad todos!— Luego que el cuarto se llenó de gente, continuó: —¡Voy á salvarle, con la ayuda de Dios! ¡Mas para este caso expreso no basta el líquido que preparo en frascos: necesito

el que la Naturaleza me fabrica en el cuerpo y circula por mis venas!—

Y todos vieron cómo se abría el médico las tales, y cómo inoculaba al enfermo su generosa sangre; y con asombro y respeto le veían ir perdiendo la existencia mientras el enfermo recobraba por grados su vigor. El nobilísimo antiguo soldado se vió en tanto amorosamente abrazado por su protectora, que entonces no le pareció fría; y besado en la boca por sus mandíbulas descarnadas, que le parecieron suaves, fragantes, ardorosas; y escuchó en el alma como si el ángel del Señor le dijera al oído: —¡Has hecho bien, hijo mío! ¡Los mártires de la Ciencia van derechos al Cielo!— Y luego se sintió por último entre los brazos de dos seres bellísimos, con resplandecientes vestiduras y alas de paloma, que le llevaron á la presencia del Eterno; siendo fama que allí sigue y seguirá hasta la consumación de los siglos.



LOS HIJOS DEL CONDE

El gran señor tuvo tres hijos varones; y quiso educarlos bien, que demasiado comprendía las ventajas, y aún la necesidad absoluta, de una buena educación.

Pero vió gran dificultad en la resolución del problema educativo, pues como frecuente es en la alta clase social que ocupaba, sobrándole á él severidad, ocupaciones y preocupaciones, á la madre bondad y debilidad, á la servidumbre en general imprudencia, malicia.

Esto observado, tomó una resolución enérgica que con nadie consultó, que ni aún comunicó á nadie: Hizo llamar á tres sabios maestros, discretos más que sabios, y virtuosos más que discretos.

—Tened unos días en observación á mis tres hijos, como si por mí fuérais encargados de aleccionarlos en casa. Elegid luego cada uno al que mejor os parezca que podréis educar, y llevároslo lejos, adonde en libertad

completa podáis cumplir la delicada misión que os confío: hacedles virtuosos, discretos é instruídos. Por de pronto, señalaréis vuestros honorarios y os serán entregados cada mes por la persona que para ello comisio- néis. Y de hoy en cinco años volveréis los tres con vuestros discípulos, pidiendo enton- ces la recompensa extraordinaria que creáis oportuna. Última advertencia: quiero que cada uno de mis hijos aprenda una especiali- dad, algo que los distinga de la generalidad de jóvenes bien educados é instruídos.—

Todo fué hecho como el padre pensó y ordenó: A los cinco años justos estuvieron de vuelta con sus tres discípulos los tres sábios, discretos y virtuosos maestros, negán- dose éstos á recibir recompensa alguna ex- traordinaria, ya que, al decir de cada cual, su respectivo discípulo había de honrarle bien, y no le desampararía seguramente si de amparo se viera necesitado algún día; ¡Hasta tal punto fiaban en su labor educativa é ins- tructiva, y en el buen natural de ellos!

En realidad, los tres jóvenes encantaban en su trato social y en su vida íntima; no podía darse educación más esmerada y com- pleta. Y respecto á la especialidad deseada por el Conde para cada uno de sus hijos, el

mayor había aprendido á conversar con los animales, con las monedas el mediano, y el pequeño con las flores. Extraños lenguajes y misterioso aprendizaje, ¿verdad?

El mayor, en su casa y en el campo conversaba con toda clase de irracionales, hasta con las fieras de los bosques adonde se pasaba días enteros, muy expresivo el semblante durante aquellas comunicaciones misteriosas. Cuando el Conde iba de caza, adelantábasele y le venía diciendo las piezas que cogería, adónde las hallaría, los sitios por donde debía perseguirlas, cuáles de ellas era inútil pretender cazar...

Un día que regresaba del campo, díjole: —Sé que hace dos años fuisteis al monte próximo á la Corte; allí perseguísteis una jabalina; y al fin, rendida á vuestros pies, íbais á darle el golpe de muerte cuando os contuvo en el intento una cruz que visteis sobre la piel del animal, dejándola por eso con vida. ¿No fue así?—

—¡Hijo querido, qué extraña ciencia es la tuya? Punto por punto, eso fué lo que me pasó aquel día en tal sitio. ¡Pero yo estoy seguro de que nadie lo vió, de que á nadie lo dije, de que lo tenía olvidado hace mucho tiempo! ¡Diera á tu maestro cuanto poseo,

y aún fuera poco para recompensarle dignamente!—

Pronto observó también el padre que cuantas monedas manejaba cerca del hijo mediano se pasaban á las manos ó bolsillos de éste por algunos instantes, y él entonces expresaba perfectamente con la fisonomía que algo extraño para todos los demás sentía y pensaba.

Pero la sorpresa del padre fué extraordinaria cuando un día, encerrado en su despacho y teniendo abierta una arquilla repleta de monedas de oro (arquilla empotrada en la pared y de la que nadie más que él tenía conocimiento), por pronto que quiso cerrarla al sentir lla-



maban á la puerta, unas cuantas *peluconas* se escaparon del escondrijo, atravesaron sin esfuerzo alguno la cerrada puerta, y fueron á colocarse en las manos de quien llamaba, que era el hijo mediano.

El joven entró, sonrió cortés al padre, pareció prestar gran atención por algunos instantes á las monedas, y al fin abrazándolo entusiasmado mientras las *peluconas* se le iban de las manos á la arquilla, dijo:

—¡Padre, padre mío!... Guardaré vuestro secreto, aunque debiera publicarlo enseguida para que fueran admirados vuestros nobilísimos pensamientos! Las monedas me lo contaron todo: guardáis ahí 2.000 piezas de oro, todas procedente de la venta de granos cosechados en los terrenos de la margen izquierda del río, y las destináis para que vuestros herederos funden en su día un asilo de huérfanos pobres. ¿No es eso?—

—¡Tu extraño arte es admirable! ¡Con todo ese oro, destinado en efecto para lo que dijiste, no pagaría suficientemente al maestro que tal maravilla te enseñó!—

En cuanto al más pequeño de los hermanos, se pasaba el día en sus jardines y en el campo conversando con las flores; y ponía muchísima atención cuando le comunicaban

sus secretos; porque, según él, las flores le hablaban bajo, muy bajo; tan bajo que sólo las oía en el corazón.

Decía á sus padres cuáles árboles habían de dar abundante fruta, qué plantas producirían las flores con que de adornar habían el altar santo cuando se casara cada uno de los hermanos, cuando bautizaran al primer nieto, cuando muertos ya se honraran sus cuerpos con fúnebre ceremonia.....

Una mañana muy temprano encontró á su madre en la escalera principal. Como todas las mañanas, subía aquella un lindo y grande ramo que colocaba sobre la mesa en que el Conde despachaba sus asuntos: Escapósele el ramo de las manos para irse á la del niño, que suavemente lo acercó al lado izquierdo de su pecho y escuchó:

—¡Madre mía, sé bien por qué habéis puesto en el centro del ramo esa hermosa rosa blanca!—

—¡Pues... nada tiene ello de particular, hijo querido! Porque es muy bonita, tiene



un grato perfume, y es de las que gustan á tu padre.

—¡No, madre mía!... ¡Este es el secreto más íntimo de vuestra alma virtuosa! Estad tranquila, que á nadie lo revelaré; mas quiero demostraros que conozco el misterio: Esa rosa es de un hermoso rosal que existe junto á oculta fuente del bosquecillo espeso que en el fondo del jardín se vé. Lo cuidáis por vuestra propias manos con gran esmero, y allá os encamináis cada día sigilosamente á buscar una flor del mimado rosal para ponerla en el centro del ramo que ofrecéis á mi padre. Extrañado él de que en todo tiempo os sea posible hacer lo mismo, hubo una época en que os preguntaba insistente de dónde tomabais tales rosas blancas; pero siempre le habéis contestado discretísima:— ¡Revelado el pequeño secreto, amado esposo, el desencanto llega, la ilusión se desvanece! —Y mi padre se conformó al fin, y desistió hace tiempo de importaros sobre ese asunto, conformándose con sonreiros satisfecho cada mañana al recibir el ramo.

¡Ahora bien!... Ese rosal es un secreto de familia: su abuela, mujer buenísima, lo plantó y cuidó con regalo, obsequiando con sus rosas al marido; siempre fueron felices,

y al casarse su hija, mi abuelita, le reveló el misterio de su felicidad; hizo igual esta buena señora con mi abuelo, y cuando os casasteis, madre, á su vez os advirtió sobre tal asunto; por eso ponéis sumo cuidado en la conservación del rosal, por eso á mi padre no le faltó su rosa blanca si no en los muy pocos días en que grave enfermedad os impidió ir á cortarla.—

—¡Hijo, hijo del alma mía! Es exacta esa historia, y tu saber maravilloso. Si á los extraños pudiera dar felicidad mi rosal amado, con él no pagara á tu maestro el bien grande que en tí me hizo.—

*
* *

Los jóvenes aquellos fueron cada vez más admirados; pues propios y extraños, cuantos tenían noticias de su raro saber, no perdonaban ocasión de preguntarles, dando ellos siempre noticias y consejos muy provechosos; de tal modo, que á muchos salvaron de segura muerte y á otros más numerosos libraron de la deshonra, de la miseria, del desprecio, del dolor, de la enfermedad.

¡Cómo se hubieran podido ganar la vida los tres hermanos!... El uno averiguaba los

tesoros ocultos, el por qué, para qué y por quién fueron guardados ellos, el destino en fin de la moneda poseída por la persona que le preguntaba...; y luego le aconsejaba si le convenía ó nó conservarla. Los otros conocían los más secretos destinos de animales y flores sobre que eran preguntados, su virtud especial, sus relaciones misteriosas con quien los cuidaba, la influencia que podían ejercer sobre su alma...

Pero de natural bondadoso los tres hermanos, y muy ricos, naturalmente complacían á todos sin interés material alguno, con gran contento de sus padres y agradecimiento y bendiciones de los favorecidos, que venían de muchas leguas á la redonda á conocerlos y consultarlos.

Un día el rey se apeó á las puertas de aquel castillo. No había anunciado la visita, y á todos sorprendió.

—Amados jóvenes—dijo—: Bien llegaron á mí noticias de la justa fama que ya gozáis, y tiempo, hace que deseaba conoceros; pero asuntos graves del gobierno me lo impidieron hasta hoy. En honor á la verdad, os diré que es algo, mejor dicho bastante interesada mi visita; escuchadme bien:

Hace muchos años, desde que pequeñito

era, que acostumbro á cazar muy frecuentemente en cierto monte, adonde siempre me fué fácil y provechoso y agradable hacerlo, por ser abundante y variada la caza que á los demás prohibo allí. ¡Bien conoce vuestro padre el bosque, pues varias veces fué allá en mi real compañía!

Pues bien: un año va pasado sin que logre introducirme en la espesura, pues cuantas veces lo intento me sale al encuentro terrible jabalina que me lo impide. Cuando las muy pocas gentes de que me acompaño quieren atacarla, acaba ella por hacernos correr á todos; cuando les digo: «¡Avanzad solos!», los ha dejado internarse sin preocuparse de ellos.

Esta contrariedad me tiene disgustadísimo, y algo bueno diera por descifrar tal enigma. Naturalmente, no me costaría gran cosa hacer matar á la fiera; pero ya que es á mí sólo á quien pretende impedir la entrada en el bosque, fuera temeridad el despreciar el aviso que parece encerrar tan rarísimo incidente, apelando para el caso á la fuerza bruta; máxime, cuando la fortuna me depara en uno de vosotros el talismán precioso para averiguar lo desconocido, para realizar el desencanto. ¡Aquí pues, necesito de tus ta-

lentos especiales, joven que conversas con los animales! A mi hija la mayor y la más bella, heredera del trono, pienso darte en matrimonio, si sabes explicarme tan rarísimo prodigio; que por otra parte, y según el general decir, te juzgo merecedor de ella por tus virtudes también.—

Pocos días después se encaminó al bosque la comitiva real, y salióles al encuentro la terrible jabalina. Detenidos todos, avanzó tan sólo el joven, admirándose los cazadores al ver cómo la fiera le lamía las manos, se tendía á su



lado, parecía hablarle con los ojos. Él, sentado, ponía gran atención, no tardando en levantarse emocionado; y abrazando al animal, dijo en alta voz:—¡Mi

querida jabalina, gracias! ¡Mañana vendré á por tí!—

La fiera, gruñendo de satisfacción, se internó en el bosque.

—¡Señor!—le dijo al rey nuestro jóven.— ¡Regocijáos, y dad mil gracias á Dios porque esa fiera os impidiera realizar en tantas ocasiones vuestros deseos!: Desde hace un año habita en lo interior del bosque un hombre á quien pagan vuestros enemigos fuertes sumas para que, á la primera ocasión, os mate; vuestra afición á la caza en estos sitios solitarios y humbríos, era para ellos medio seguro de hacerlos morir sin exponerse á sospechas. Esa hermosa jabalina (la misma que mi padre libertó un día, ya rendida á sus piés, por descubrir sobre su piel una cruz), quiso á todo trance impedir el crimen, no permitiéndoos emboscaros.—

—¡Oh, cuán agradecido quedo á tu maravillosa ciencia oculta, hijo mío! ¡Hijo mío, sí, pues sólo espero que tus padres y tú señaléis el día para que unido seas por la Iglesia en santo lazo á mi hija!—

—Mil gracias por tanta honra, gran señor. Pero es preciso que V. juzgue por sí mismo sobre la verdad de mi revelación, y que luego sentencie en debida forma á los culpables. Dignaos esperar mientras acudo al jefe de vuestra guardia para que me entregue á un

sentenciado á muerte. Luego después, esperraremos el desenlace de esta aventura.—

Así fué hecho, dándose orden al condenado de fingir que se extraviaba persiguiendo una pieza. No tardó mucho en oírse agudos gritos; los nobles, los monteros y el rey, pudieron ver al condenado á muerte exánime, bañado en la propia sangre; y al asesino sujeto por el jóven, que oculto entre la enramada presenció la lucha desesperada.

El criminal confesó, descubriendo á las personas que le pagaron para asesinar al rey; éste castigó severo á cada cual según su merecido; la jabalina fué llevada por el joven al castillo de sus padres, adonde se propuso cuidarla con esmero, pero tuvo que desistir de ello por reclamarla con el mismo fin el rey, como más beneficiado que había sido por ella; y la boda proyectada se verificó con grandes regocijos públicos.

El rey dijo un día al nuevo príncipe:

—Hijo mío, hoy cumpla los 50 años de edad, y hoy precisamente debo abrir un gabinete de mi palacio: el verde, la pieza más amada por mi difunto padre, que la gloria hallara. Al morir, hace 30 años, me dijo: «Manda cerrar y sellar la puerta de esa habitación, hijo mío, y júrame que hasta que

tengas 50 años no la abrirás ni permitirás que nadie penetre allí, en consecuencia!» Se lo juré, y aunque jamás pude explicarme la causa de aquel mandato, cumplí mi palabra empeñada. ¿Qué habrá allí de particular!... Creo que nada; sin embargo, por algo me ordenaría el padre lo ya dicho; y de cualquier modo que sea, he de abrir el gabinete hoy precisamente, puesto que hoy espira el plazo de prohibición para ello. Acompáñame.—

Penetraron; la vieja tapicería apolillada; los muebles, los relojes, las mesas todo en un estado propio de tantos años abandonado allí; pero nada, absolutamente nada que pudiera llamar la atención. Sin embargo, al salir tras minuciosas investigaciones, dijo el príncipe: —¡Señor! ¡Mirad entre el polvo de la mesa escritorio una moneda!... Nada, es verdad, puede á nosotros revelarnos tal descubrimiento; pero acaso mi hermano, por medio de ella...—

Se le hizo venir á palacio, y encerrado en el gabinete estuvo un rato; al cabo del cual salió, y llevando aparte al rey díjole:—Señor, esta moneda fué la última ganada por vuestro padre, y por ella descubrí el secreto del cuarto aquél: El difunto rey (que Dios

guarde á su lado), fué buenísimo sin duda; pero tuvo de jovencillo un muy grave defecto: hablar con altanería á todo el mundo. Ya mayorcito, vuestro prudente abuelo le puso al lado como maestro á un humildísimo hombre, bueno y sabio, que deseando con toda el alma desterrar de la de su discípulo aquel feo y ponzoñoso vicio, y después de otros ensayos inútiles, fué apuntándole en un cuaderno las veces que al día faltaba de aquel modo á la ley divina y al respeto humano. Por tan excelente medio, como en el fondo vuestro padre era bueno, las faltas fueron disminuyendo sensiblemente; pero se aterrorizó cuando, llegado á la práctica de la humildad, fué á sumar las apuntes del cuaderno y vió que nada menos en mil ocasiones de aquellos raptos despóticos tuvo que hacerle señal en él su maestro!...

Le remordía aquella obstinada resistencia á entrar en la senda de la virtud, y compadecía y amaba extraordinariamente desde entonces al preceptor, á quien ya agonizando le dijo: «¡Amado maestro, Dios sin duda premiará vuestra obra allá arriba, pues hacer humilde á un soberbio heredero real son virtud y talento muy superiores. Y por daros satisfacción grande á la hora de vues-

tra muerte, os prometo con juramento ante Dios que en cuantas ocasiones se me ofrezcan de hacer pública manifestación de humildad, la haré y consideraré que gano en ello una onza de oro; esas monedas las iré acumulando hasta reunir un número de ellas igual al de faltas de soberbia apuntadas en el cuaderno; y con las 1.000 onzas luego fundaré una escuela de niños pobres que llevará vuestro nombre, para mí muy amado!...» Tal pensamiento animó siempre á vuestro buen padre, y para tal objeto fué acumulando onzas con ócasiones de humildad ganadas, en el sitio que os señalaré en su gabinete. Quiso declararos su compromiso á la hora de la muerte, y rogaros que acabarais con vuestras virtudes de reunir las 1.000 onzas, (él llegó hasta 900); pero no tuvo alientos sino para rogaros que no entrarais allí hasta los 50 años, temeroso de que los pocos que entonces contabais os hicieran no cumplir punto por punto su nobilísimo deseo. En el cajón de la mesa escritorio encontraréis notas de vuestro padre que confirman mis palabras.—

—¡Ah!... Por eso repetía en su delirio: «¡Faltan 100, hijo mío; faltan aún 100!...» ¡Sí, padre amado! Cumpliré gustosísimo tu

voluntad! Y las obras comenzarán enseguida bajo tu dirección, sabio joven, que has podido así prestar tan gran servicio á tu rey y señor. Para tí tengo yo otro tesoro que ofrecerte: la mano de mi hija la segunda, y te la doy con gusto, que aún merecen más tus extraordinarios talentos y méritos personales.—

Se verificó esta segunda boda con grandes regocijos también. Y en cuanto al hermano más pequeño, al que con las flores conversaba,

no fué menos feliz; mejor lo fué más, porque vivió siempre más espiritualmente, ventaja inapreciable. Enferma gravemente la hija más pequeña del rey, y cuando todos los médicos la desahucieron, el joven la salvó con la infusión de una planta campestre. Fué



el único suceso ruidoso de su modesta vida, pues la amistad con las flores no levanta tempestades; en cambio embriagaba su alma pura con el mágico perfume de la virtud, del amor á Dios, á la Naturaleza y al Arte, haciéndole vivir una ideal vida que colmó de dichas á su feliz consorte (pues le dió el rey en matrimonio á la salva'da hija), y que admiró y dió buen ejemplo á cuantos de él supieron.

Los tres maestros de tan afortunados jóvenes fueron nombrados directores de la soberbia escuela de niños pobres que con las 1.000 onzas, producto de rasgos de humildad paterna y propia, fundó el rey. Y dirigiéndola sabiamente, murieron de viejos, cargados de dignidades y bendiciones. Y es fama que cuantos esfuerzos pusieron en enseñar á otros su oculta sabiduría sobre los tres misteriosos lenguajes de las monedas, los animales y las flores, fueron inútiles: que tales maravillas obraron únicamente en la virtuosa naturaleza de los tres dichosísimos hijos del Conde, tan queridos como admirados, tan respetados como queridos: que la virtud, el talento y el superior conocer, se imponen siempre.



EL DONATIVO DE UN POBRE

Haciendo bailar al oso — compañero inseparable de su existencia, puesto que juntamente con él la ganaba—viajaba sin descanso un jovencillo; mozuelo atrevido, gracioso, alegre, con la alegría, gracia y atrevimiento que dan los pocos años en buena conciencia, salud y libertad.

Día de gran calor fué uno en que, atsigado por él y aunque no tenía un cuarto ni contaba con más provisiones para sí y el oso que un pan grande, prefirió, á trabajar en pequeño pueblo próximo, el internarse en bosque frondoso al extremo opuesto del cual, y en ello á ciudad populosa, pensaba llegar con la venida del siguiente día.

Y poniendo en ejecución su pensamiento, como el pajarillo libre se recreó él saltando por entre la enramada fresca y lanzando al

viento sus sonoras canciones, como gorjeos de ruiseñor.

En la marcha encontró echado á un pobre anciano, tristísimo el semblante, demacrado y pálido, muy andrajosa la ropa, de mísero aspecto en conjunto.

—¡Ay mozuelo!... ¡Envidio tu buen humor, tus piernas, tus años!... Todo eso lo tuve yo también, pero para mí hace años ya que pasó á la historia!... ¿Quieres, en nombre de Dios, darme una limosna?—

Con placidez grande partió su pan por medio mientras decía: — La mitad se la guardo al amigo oso; pues este pícaro gruñón no gusta de quedarse en ayunas porque otro cómo.—

—¿Pero no llevas más provisiones para todo el día y la noche, que será lo que tardes en atravesar el bosque?... Entonces toma, hijo mío; la buena intención basta. ¡Dios se apiadará de mí!...—

—No. Yo soy joven y resisto muy bien un día sin comer. ¡Estoy acostumbrado!... ¡Y usted vive por aquí, ó es que, como yo, quiere atravesar el bosque?—

—Eso intento; pero dudo que lo pueda conseguir ni en veinte días, porque estoy medio paralítico.—

—¡Pues monte á mis espaldas y en marcha!—

—¡Cómo! ¡También esa caridad quieres



hacerme? Gracias, compasivo joven, por tu generosidad. ¡No tardará Dios en premiarte!—

Poco después, de nuevo caminaba alegre-

mente el mozuelo, oyendo interesantes relatos de batallas y cacerías que le contara el viejo, á sus espaldas cargado; y el paciente oso los seguía dando gruñidos de satisfacción.

Ya el Sol próximo al zenit, el anciano propuso descansar y se hizo alto.

—¿No te avisa el estómago que es hora ya de comer; no tienes apetito, mi generoso protector y amigo?—

—No; no tengo hambre. Cóma, y no se preocupe de mí; que voy á dar su ración á este exigente.—

Y en efecto; dió el medio pan al oso, que gruñía de placer y comía avariento.

—Vamos; ya que acabaste de alimentarnos á costa de tu apetito de 15 años, siéntate aquí, que en nombre de Dios quiero premiar tu caridad.—

Y sacó de un morralillo blanquísimo y fino mantel, y lo extendió en el suelo, diciendo gravemente:

—¡¡Mantel, sírvenos!!—

Y en el instante mismo se cubrió de platos y botellas con exquisitos guisos y bebidas. ¡Espléndido banquete á que seguramente no estaba acostumbrado el estómago del joven! Pero aún lo estaban menos sus ojos á la ma-

ravilla de la presentación, y absorto contemplaba el mantel, los platos, las botellas, y miraba confuso al extraño pobre viejo y tullido que así disponía á su antojo y con tal comodidad de cosas tan excelentes.

Al fin, obedeciendo á las excitaciones del anciano, á las del hambre (que no era poca) y á las de la propia comida succulenta, se dió una buena, pensando errónea aunque cuerda-mente que no se vería más en otra ocasión semejante. Y escuso decir que todo estaba admirablemente condimentado, y que señor oso recogía con deleite lo que se le arrojaba, gruñendo impaciente de avaricia á veces porque exigentón era por naturaleza.

—Voy á satisfacer tu justa curiosidad, hijo mío. ¡Ni soy pobre, ni enfermo, ni viejo! ¡¡Mírame!!—

Asombrado le contempló el jovencillo: ricamente vestido, en efecto, en buena edad, y con evidentes señales de salud inmejorable.

—Quise probar, hijo mío, tu corazón. ¡De haber sido cruel, despiadado, mal lo hubieras pasado en este bosque!... Ahora bien, las buenas acciones deben ser recompensadas. Para tu vida errante, pienso que no se te puede hacer mejor obsequio que el de este mantel; mientras pienses y obres bien, si lo

usas con prudencia, con sólo dirigirle las palabras que me oíste ha de satisfacerte á todas horas y con espléndidez el apetito. Todo consiste en que seas bueno y juicioso.

Esto, en cuanto á tí; y ahora, quiero hacerte otro regalillo para el prójimo. Toma este pequeño molde; cuantas veces lo abras con intención de premiar ó castigar á quien te haya hecho bien ó mal, encontrarás en él exquisita rosca cuya vista excitará el apetito hasta en el más inapetente; si á quien te hizo bien la das á comer con noble deseo, la dicha le darás con ella; si al que te hizo mal grave la concedes, será infeliz en castigo justo. Pero cuida mucho de ser razonable, justo, en el uso de este dón; pues si de él dispones dejándote conducir por la ira, la envidia, las pasiones malas en general, toda tu felicidad y poderío tendrán fin en aquel instante mismo!...

El joven no sabía cómo expresar su alegría, y sobre todo cómo demostrar su profundo agradecimiento.

—Espera aún, hijo mío, que leo en el fondo de tu alma, y no acabé con mis regalos. Toma este espejillo; siempre que lo desees me verás en él, y como el agradecimiento sea constante en tí, no te ha de pesar

el; contemplarme. Por último, he aquí un anillo con el cual puedes hacerte invisible, juntamente con la persona, animal ú objeto que desees; es cosa que á veces te convendrá, y de muy fácil ejecución: cuando así lo desees, no tienes más que darle una vuelta sobre el dedo, como ves que hago yo con este otro que llevo puesto.—

Y en efecto, el mozo lo no vió más á su protector, quedando muy asombrado y á la par

triste y preocupado, sin saber qué hacer ni qué partido tomar. Hasta que, dominándole el sentimiento de gratitud, abrió el estuchito que contenía el espejo, y al examinarle contempló en él la imágen de su protector tal cual deseaba: primero enfermo y viejo y



estropeado, echado sobre el verde suelo; luego sentado ante el mantel maravilloso, joven, sano, bien vestido. Y como al contemplarle satisfecho deseaba poderle decir que estimaría más su compañía que cuanto le había regalado (con estimarlo mucho), la imagen del protector se animó, y claramente oyó que le contestaba á su pensamiento delicado: —¡Te acompañaré siempre en espíritu, mientras seas bueno!— Y la imagen, tras la promesa dicha, se desvaneció en el espejo completamente.



Pues señor, que tras aquellos primeros momentos de estupor, el joven recobró su buen humor; y con los tesoros que legítimamente poseía, fué muy dichoso.

Mientras la dichosa juventud le retozó en el cuerpo, no dejó de tener algún pensamiento imprudente, como el de abandonar el trabajo para darse buena vida, el de jugar alguna mala pasada á quien realmente no lo merecía, el de dar cuenta de sus secretos á quien ignoraba si se los sabría y querría guardar...

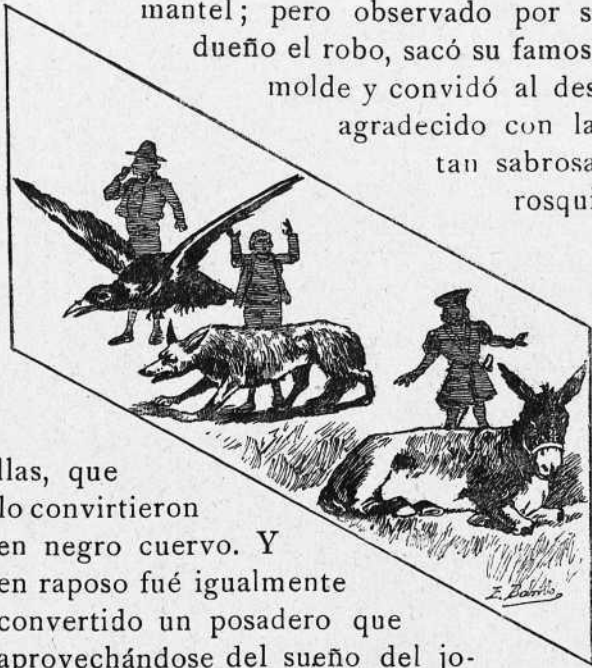
Pero todas aquellas imprudencias que-

daron en pensamiento únicamente, pues adquirió hermosa costumbre: antes de poner en ejecución ningún fuerte deseo que él consideraba de importancia, sacaba su espejito y lo miraba, deseoso de un buen consejo; y tanto expresaba el semblante de aquella misteriosa imágen, y de tal modo se acostumbró á la contemplación de la misma, que las obras malas por él ejecutadas fueron contadísimas; y en cambio las buenas eran numerosas, sonriéndole por ellas siempre el retrato de tal modo que le daba alientos para hacer cuanto bien podía.

Hizo, sin embargo, alguna trastada, porque ¿quién es el guapo que se escapa de este mundo sin dar una chispa de placer el enemigo de nuestras almas? Así, aunque cada día procuraba encontrar un par de necesitados que le acompañaran en la comida, llamándolos cuando ya estaba cubierto el mantel, de cuyo secreto no les enteraba, una vez quiso obsequiar á quien no lo precisaba pensando fanfarronamente hacer gala de su extraño poderío á los postres. Pero sufrió una horrible decepción aquel día, pues el mantel no se cubrió y el que había de admirarlo pudo escarnecerlo. Cuando luego miró en el espejo, la severidad en el rostro de su

protector le demostró más la imprudencia cometida, haciendo aquel mal uso del regalo portentoso.

Un protegido ingrato (que no falta ingratitud allí adonde hay generosidad) le robó el mantel; pero observado por su dueño el robo, sacó su famoso molde y convidó al desagradecido con las tan sabrosas rosqui-



llas, que lo convirtieron en negro cuervo. Y en raposo fué igualmente convertido un posadero que aprovechándose del sueño del joven, sigilosamente intentó robarle también. Como por distinta causa le pareció bien convertir en burro á un presumido rico que tenía el mal gusto de atormentar, tratando de empequeñecerles, á cuantos le superaban en

inteligencia (que eran por cierto casi todos los que con él se relacionaban). En otras ocasiones de peligro, hizo uso del anillo, abrazando al oso y guardándose sus tesoros antes de darle vuelta sobre el dedo.

Molde y anillo aplicaba también cuantas veces se le ofrecía oportunidad para premiar la virtud: por ejemplo, sabiendo en cierta ocasión que un rey salvó por sí mismo á un niño que jugando cayó al agua y estuvo á punto de ahogarse, tuvo un gran disgusto nuestro joven por no poderse llegar al rey y premiar tan noble acción con las rosquillas de la felicidad! ¿Pero cómo acercarse á él? ¿Y cómo hacerle confiar en su buen deseo? Mucho menos así, con su traje y apariencia humildísima, pues que alguna vez intentó un cambio en tal sentido y al consultarlo al espejo le pareció poco satisfecho el venerable rostro de su gran protector. En la mayor lucha angustiada con el pensamiento, fué su voluntad como siempre en aquel caso mirar la imágen misteriosa; y muy alegre quedó al hacerlo, pues vió en ella todos los síntomas de gran complacencia. Pasados unos instantes se dijo:—¡Pero para cambiar de aspecto convenientemente!... A la mano le vinieron entonces monedas de oro, como siempre que

con buen fin lo deseaba para gozarse en socorrer al necesitado, en auxiliar ó quien lo merecía, etc.

Así pudo realizar su buena intención de hacer gustar al rey las rosquillas de la felicidad, presentándose en palacio con gran lujo, como príncipe extranjero.

*
* *

Siempre alegre, feliz, satisfecho, la juventud pasó de tal modo, aprendiendo mucho con sus viajes, que fueron constantes y largos, muy largos, pues apenas deseaba ver un país cuando dándose vuelta al anillo en él se encontraba ya; así como también cuando deseaba saber alguna cosa de estudio y miraba con tal fin al espejo, se hallaba con libro apropósito entre las manos.

Al fin, ya entrado en años, le vino el deseo de tomar reposo tras tan agitada vida: y como el tal deseo fué madurándolo en su pensamiento, y era tan razonable, tan justo, no se extrañó cuando decidido al fin una mañana á consultar con el espejo halló en él la faz del protector completamente serena y complacida.

Precisaba dinero para poner casa y vivir

con desahogo, y lo tuvo. No pareciéndole bien estar desocupado, creyó que el comercio podía darle vida tranquila, activa y lucrativa, y obtuvo la aprobación deseada y el oro suficiente para comenzar sus operaciones mercantiles, que le fueron bien: ¡cómo no, si era trabajador, honrado é inteligente!

Cuando con sus ganancias y economías pudo reunir regular fortuna, dió mucho en pensar que el mantel mágico no le era ya preciso y que le vendría muy bien á algún desgraciado; y al comunicar al retrato su pensamiento, obtuvo de él una sonrisa plácida, desapareciendo misteriosamente el mantel de entre sus manos.

Ya con el anillo mágico le había pasado igual cuando perdida la vida de aventurero se vió amado y respetado por sus virtudes y posición social. Y más tarde del mantel, lo propio hizo con el molde, no sin antes gustar él mismo por primera y única vez las rosquillas, deseoso de que le trasmitieran cuanta felicidad cabe en lo humano.

Lo que jamás apartó de su lado fué el maravilloso espejo, para guardar el cual había mandado construir un riquísimo estuche, verdadera alhaja artística. ¡Por él, por sus

consejos, era feliz! Porque también cuando le llegó la época de advertir que pasaría una vejez triste tan solitario, siéndole así preciso casarse, hecha al fin elección de la compañera de su futura existencia, la imagen le aprobó lo que no le había aprobado otras veces en sus mocedades.

Escusado es decir que Dios completó en él felicidad y premió virtudes con una parejilla de hijos: chicuelo rubio, coloradote y gordinflón el uno, el otro lindísima nena morenilla; ambos más tarde jóvenes obedientes, estudiosos, amantísimos de sus padres...; y después muy felices personas mayores (porque el buen hijo es siempre buen hombre, excelente padre y aun discreto y dichoso abuelo con el tiempo).

El señor oso murió de viejo en la casa, gruñendo siempre de satisfacción hasta cuando los revoltosos chicuelos le incomodaban con sus extremos de cariño, con sus juegos un tanto pesados como de genticilla traviesa y atolondrada...

¡Qué más puedo decirte del noble y honrado protagonista de este cuento? Durante el resto de su larga existencia, que pasó haciendo el bien y evitando el mal, y ocupándose de su espíritu más aún que de su

cuerpo, alcanzó felicidad humana, adelanto de la eterna salvación; y yo bien creo que la salvación eterna le fuere á su muerte concedida, pues Dios la promete y dá al que en virtud vive y muere; y así como en vida mantuvo su espíritu en virtud constantemente, así á la muerte lo entregó placentero y puro al Señor.



El Bastón prodigioso

Dicen que un buen hombre poseía bastón de extraordinario encanto: con sólo pronunciar ciertas palabras misteriosas, se le escapaba de las manos y la emprendía á palos con persona ó animal que delante tuviera, en forma que era imposible librarse de su ataque rudo.

Pero el hombre era, sin embargo, prudente y justiciero, y sólo se servía de su extraña alhaja cuando la necesidad ó un gran motivo le obligaba á ello.

El rey entonces de aquellas tierras fué déspota y aún cruel, al extremo de no dejar vivir en paz á sus vasallos, gozándose en el mal del infeliz que le causaba el más pequeño enojo: por lo cual todo el reino estaba indignado, aunque nadie se atrevía á manifestárselo por miedo.

Un día fué que paseando solo y por sitio retirado salióle al encuentro cierto hombre.

—Gran señor le dijo:— Perdonad que os moleste unos instantes: Fué buen soldado mi padre en tiempos del vuestro (de feliz memoria), y obtuvo su recompensa. Yo lo he sido igualmente en vuestro ejército hasta verme imposibilitado para la guerra; entonces he pedido un destino, pensión, recursos de cualquier género para mantener honradamente á mi familia, que parece de hambre, siempre que revisada mi hoja de servicios resultara digno de ello. ¡Todas mis instancias han sido inútiles hasta ahora!... ¡La necesidad es mucha en mi casa, señor!... ¡Será V. M. tan magnánimo que se compadezca de mi aflicción, mandando despachar pronto y favorablemente el asunto?—

—¿Cómo te llamas?—

—Ernesto Figs.—

—Pues bien, Ernesto Figs: mañana sin falta te espero en mi real palacio, adonde recibirás 100 palos por desvergonzado, 100 más por charlatán, y aún 100 más por la molestia que me causó tu desvergüenza y tu charlatanería. ¡Ay de tí, si no acudes, á mi real cita!...—

El infeliz quedó turbado y medroso, y

ya iba á girar sobre sus talones cuando de entre los matorrales salió el hombre del bastón encantado, que encarándose con aquella tan innoble majestad dijo:

—¡Quien así habla á un fiel vasallo, es indigno de respeto! ¡Quien así paga la



noble sangre derramada por tan mal pagador, se conquistó el desprecio de los hombres honrados! ¡Quien de tan cruel modo despacha á un necesitado, y de modo tan brutal intenta maltratarlo cuando el pan ganado pide para sus hambrientos hijos, me-

rece castigo del propio género de su receta!... ¡Y aunque el hacerlo me cueste la vida, ese castigo te lo voy yo á dar, bribón!... ¡Miserable!...—

Y en efecto: pronunciando las palabras mágicas, se le escapó el bastón de las manos para comenzar su vertiginosa danza sobre las costillas reales. No tardó en caer molido, acardenalado, ensangrentado, el despótico cruel, mientras el asustado solicitante se daba á la fuga; y el rey pedía por favor (pues á los tiranos les humilla el miedo) que cesara ya la paliza á cambio de cuantos honores y riquezas quisiera el que la daba; pero éste, fiel intérprete de la general voluntad del reino todo, dejó tranquilo que su bastón siguiera funcionando; y cuando la compasión le hizo al fin recogerlo, también se dió á la fuga como antes lo ejecutó el inocente causante de tan descomunal y real paliza, temeroso de que los guardias de S. M. le echaran mano.

Con su bastón bajo el brazo anduvo, anduvo, anduvo, hasta internarse en el áspero camino de la serranía próxima; y ya allí, pensó en que sin dinero como se salió de casa, sin poder volver á ella del momento, conviniéndole al contrario internarse más

por aquellas asperezas... ¿qué iba á comer cuando el hambre le apretara?

—¡Dios proveerá!...— se dijo, y prosiguió su camino.

Siempre subiendo la empinada falda, encontró á un hombre con buena carga de fruta. Con él tramó conversación, y supo que venía de la vertiente opuesta y que se encaminaba á la capital á vender su mercancía.

Nuestro hombre le dice cómo se ve obligado á atravesar la sierra, que se salió sin dinero, que desfallece de hambre; y le ruega por caridad unas frutas. Ni súplicas, ni razonamientos ni promesas logran su deseo. Entonces el bastón funciona, y á los pocos instantes, dolorido y en tono humilde y convencido, le suplica el arriero que deje de martirizarle con su endiablado palo, á cambio de la fruta que quiera llevarse.

Sin avaricia, pero con prudencia, toma la que puede acomodar en sus bolsillos y sigue su camino.

Al fin llega después de muchas horas de marcha á una angostura tal de garganta que con dificultad podía caminar entre los altos murallones de rocas; y viendo enfrente enorme agujero que servía de entrada á

oscura gruta, en ella penetró, pareciéndole de perlas el seguro para descansar, escapando en él á la persecución de que no dudaba, de que no podía dudar el ser objeto.

Se sienta y come tranquilo, con apetito grande; luego se acomoda como mejor puede contra la roca, y acaba por dormirse.

Pero le despiertan espantosos rugidos, y cree ver en torno suyo restos humanos en cantidad grande; mientras, los rugidos anuncian que la fiera se aproxima á buena marcha...—¡Sin duda muchos viajeros refugiados aquí han encontrado sepultura en su estómago voraz!—piensa él, mientras ve entrar gigantesco oso que se le arroja repentino sin darle tiempo apenas para pronunciar la misteriosa frase al bastón.

Con ímpetu nunca visto funcionó el palo sobre el oso, sin embargo de lo cual fué preciso que por largo rato lo hiciera: pues el animal resistió muchísimo, atronándolo todo con espantosos quejidos hasta caer muerto al fin.

Se disponía á salir de allí nuestro hombre, cuando oyó tras él suavísimo silbido. Era enorme serpiente que le puso espanto; por lo que comenzaba á dar la consigna á su bastón, cuando le contuvo esta declaración

de la serpiente, con voz zalamera pronunciada:

—¡Príncipe mío! ¡Amado de mi alma!... Hace muchos años que te esperaba aquí, en la extraña forma en que me ves, y de la cual no podía librarme hasta tu venida y tu valeroso vencimiento sobre el maldito oso que á tus piés yace!

Soy joven, bella y rica princesa, que, en cuanto se halle desencantada, te dará su mano, y con ella sus riquezas y poderío. Así, te suplico me desencantes pronto, muy pronto, con grande beneficio para tí!...—



—¿Y qué he de hacer para ello?—

—Seguirme, penetrar en otro más obscuro antro á que te conduciré, y allí vencer de dos tigres que juntamente te atacarán. Vencidos que sean, el encanto desaparecerá, y reinaremos felices en mis estados,

prometiéndote amor, fidelidad, riqueza, dicha, cuanto puedas apetecer, amado de mi alma!... —

—¡Ahí es cosa fácil vencer de dos tigres, atacando los dos juntos y en obscurísimo recinto!... ¡Si siquiera acometieran uno á uno y á la luz del día!... —

—¡Tú, el poderoso, el invencible, no puedes tener miedo de nada! ¡Tú, el justiciero, el bondadoso, no puedes dejar en el desamparo á la noble y desgraciada doncella que de tan largos años te espera!... Mis dos hermanos, crueles al extremo, en esos fieros tigres que has de vencer fueron convertidos; y en el ya muerto voraz oso, mi avariento padre!... —

Medita mucho nuestro hombre, se decide al fin; y encomendándose á Dios, á su bendita Madre y á los santos de su devoción (como tenía de costumbre en apurados trances), dice á la serpiente:

—¡Ya te sigo! —

Arrastrándose ella y acariciando él su bastón, marcharon por entre los abundantes desconsoladores restos humanos, llegando á sitio adonde le pareció á nuestro hombre que le faltaba el aire más indispensable para la imprescindible respiración.

Al fin se hirció la serpiente, hízole una repugnante caricia, y en tono meloso dijo:

— ¡Amado mío, llegó el momento de conquistar con mi mano mis tesoros y mi trono: un paso más, y saldrán á tí los tigres!—

Vaciló mucho, y repetidas veces le dió la idea de volver sobre sus pasos, ya que no sabía él si su bastón mágico podría triunfar de dos tigres á un tiempo. Pero al fin, invocando los más santos nombres, pronunció luego sus mágicas palabras y dió un paso hacia adelante, mientras el palo se le escapaba de las manos.

Oyó rugidos espantosos, sintió en su cara el cálido aliento de las fieras, y hasta rasguño leve en una mano... ¡La lucha era formidable, sin duda!... Ni los rugidos terribles ni el golpeo acompasado del bastón cesaban un punto. Pero los primeros fueron siendo más apagados al fin, hasta que uno débil y tristísimo indicó el último esfuerzo de las fieras.

El palo volvió á las manos de nuestro hombre: el lugar se iluminó, viéndose entonces los tigres muertos; las rocas fueron convirtiéndose en columnas, en paredes, en habitaciones, en espléndido palacio; y mién-



tras, la serpiente fué tomando formas humanas, de mujer jóven y bonita y elegantísima en su porte; pero con algo extraño y repulsivo en el semblante: ¡sin duda algún secreto y no muy digno pensamiento allí retratado!

Nuestro hombre quedó maravillado: la

metamorfosis realizada por completo, ante él vió á la reina sentada en magnífico trono y rodeada de numerosos cortesanos. Salido de su estupor, subió las gradas del trono y dijo:

—¡Estarás contenta, esposa mía, pues con tan gravísimo peligro de mi vida te libérté del encanto! Yo también estoy satisfechísimo de que me cupiera tal dicha grande, y espero con ansiedad que señales el feliz momento de nuestra boda. —

Entonces, levantándose con ademán despreciativo, orgulloso, colérico, respondió ella:

—¡Miserable! ¿Te atreves siquiera á mirarme frente á frente, rústico pobrete? ¿Con semejante bicho repugnante pretendes que me case? Agradéceme que no te haga desollar vivo por tu insolencia, y marcha en seguida lejos, muy lejos, si no quieres pagar con la existencia tu osadía! —

—Ah!, engañadora, pérfida, mal corazón!... ¡Así pagas el incalculable beneficio que acabo de hacerte? ¿Así cumples tus palabras! ¡No en vano fuiste convertida en serpiente, seductora, astuta y rastrera! ¡Así debiste quedar para el resto de tus días! ¡Oh, quien pudiera encantarte de nuevo!... Pero

tengo medio de vengarme de tí, de tu maldad, si de ella no te arrepientes!... ¿Me cumples tu palabra de casarte conmigo, de hacerme partícipe del trono y los tesoros que posees?—

—¡Jamás, bergante!—

Entonces el bastón funcionó tan lindamente que la nueva real majestad, por muchos chillidos que dió, no pudo verse libre de él; cayendo ensangrentada, exánime, suplicante, mientras á grandes gritos manifestaba cómo en cuanto muriera como mujer reviviría como serpiente.—

—¡Mejor, mucho mejor, ya que es como mereces vivir!—

Y en efecto; con el último grito de la víctima se confundió el silbo primero del culebrón asqueroso en que el cuerpo de la princesa se metamorfoseó nuevamente, saliendo de allí en precipitado deslizamiento para perderse entre las peñas. Y casi al mismo tiempo, se arrojaron sobre nuestro hombre la multitud de cortesanos y vasallos, cosa que naturalmente esperaba nuestro hombre, encomendándose al Cielo para bien morir entre sus manos.

Pero su sorpresa fué grande y muy grata: lejos de matarle, de rodillas se le pusieron

dándole gracias por el desencanto del reino, y más aún por la muerte dada á su soberana. Lo sentaron en el vacío trono, le proclamaron rey, y le explicaron luego cómo las inconcebibles maldades de aquella joven sin entrañas fueron causa de que el reino quedara así encantado hacia ya muchísimos años. El oso, guardian de la gruta de entrada, fué en efecto su padre, avariento al extremo de empobrecer el reino por aumentar su tesoro; los tigres fueron príncipes cruelísimos que desolaron el país con sus inconcebibles crímenes.

—Así, señor, con la muerte de esa infame, con la desaparición del mundo de tan malvada familia, con el desencanto verificado, habéis hecho inestimable bien á nuestro pueblo, que os proclama rey, orgulloso de su elección y reconocidísimo á su libertador. ¡Viva el rey! ¡Viva el rey! Viva el rey!...—

*
* *

Mucho tiempo reinó felizmente en sus magníficos estados el nuevo soberano, que invirtió casi todos los grandes tesoros de que legítimamente disponía en socorrer al

necesitado y dar fomento al trabajo honrado, hasta que tuvo la satisfacción de ver progresar industrias y artes.

Pero como la felicidad no es completa, muy preocupado vivía el dichoso monarca con el pensamiento de si alguna vez hizo mal uso de su mágico bastón (ya guardado constantemente) cuando en otros tiempos lo lanzó frecuentemente contra personas varias.

Un día le fué anunciada la visita de cierto rey, que con gran fausto se adelantaba en paz hacia su corte. Recibiólo con todo género de galanterías, y asombrado quedó al ver que se hallaba en la presencia de su antiguo soberano, tan lindamente apaleado por él en otros tiempos. Y mayor asombro fué el suyo cuando le oyó decir que desde el momento en que le fué suministrada la tan merecida paliza que lo puso á las puertas de la muerte, le buscaba sin cesar para darle gracias; pues pensando en las palabras que le dirigiera al apalearlo, se arrepintió muy de veras de su despotismo y crueldad, gozándose desde entonces en la compasión y benignidad, cosa que le había hecho muy querido de cuantos antes le odiaban.

En prueba de cuanto le manifestaba, le presentó muy satisfecho á su primer mi-

nistro, el propio militar hambriento que le reclamara auxilios como pago de sus servicios, ya que para la guerra quedó inútil; pues le elevó á tan alto puesto, en recuerdo perenne de que por el grande castigo merecido que por él recibió, salvó su alma.

Y desde entonces buscó muy empeñado al dueño del prodigioso bastón para demostrarle su agradecimiento, para recompensarlo dignamente por el hecho inapreciable de librar de condenación eterna á él, y á su reino de la temporal infelicidad que proporciona un rey déspota y cruel. Al fin, pudo averiguar sus aventuras; y con gran prisa se había puesto en camino trayéndole riquísimos presentes y rogándole que lo acompañara á su Corte, adonde por no tener hijos y ser esa su voluntad le hizo proclamar con grandes festejos sucesor heredero. Y como le suplicara y obtuviera el bastón famoso, mandó construir riquísimo estuche de pedrería, y en lugar muy preferente y visible lo hizo colocar, con la inscripción siguiente:

«¡Ciudadanos! Hé aquí la prenda que en más estima vuestro rey, pues que por ella se libró y os libró de dos malditos azotes de la Humanidad: ¡la soberbia y la crueldad!»

—Es la justa expiación de mi antigua vida malvada—dijo al mandarlo colocar.—Y con satisfacción íntima hago esta pública y constante confesión para que á mi alma le sirva de descargo y á mis súbditos de escarmiento.—



LA FLAUTILLA DEL MOZUELO

Diz que con el Diablo hizo íntima amistad un avaro; y yo bien lo creo, pues ésto no tiene nada de extraño. Pero sí lo tienen los extraordinarios sucesos que ocasionó tal amistad íntima.

Cada día y cada noche se encerraba muy bien en un cuartucho destartalado de su casa, y levantaba tal cual baldosa que servía de tapadera á disimulados huecos en donde encerraba lo mejor y lo más bueno de su considerable tesoro.....

Entonces los ojos le relucían mucho; casi tanto como los suyos al compadre Diablo, que detrás de él estaba. El avaro tenía puesta el alma en la contemplación del oro; el Demonio su encandilada vista chispeante en aquella alma metalizada. .

Y diz también, que mientras á tales contemplaciones deleitosas se entregaba el

hombre aquel, siempre en la amorosa compañía del compadre infernal, solía padecer angustias de muerte por unos fuertes apretujones al corazón que le perturbaban la circulación de la sangre, que le desfallecían, que le ponían muy mal; tan mal, que muchas veces le aconteció caer desmayado entre las abiertas guaridas de sus miserias.....

En más de una ocasión consultó con grandes precauciones al médico sobre aquellos desfallecimientos y apretujones al corazón que sentía; y el doctor le hablaba de nervios, de palpitaciones, de colapsos..... Pero él no quedaba satisfecho de sus explicaciones, ni tomaba las medicinas recetadas. ¡Cómo habían de satisfacerle las frases del médico!.....: aunque no sabía él nada en concreto, vió siempre cuando se hallaba desvanecido esplendorosas vestiduras flotantes, manos delicadísimas, alas hermosas de muy blancas y suaves plumas, labios que se esforzaban por sonreír y no podían, ojos que vertían un raudal de lágrimas... ¡Y todo aquello no podían ser nervios, palpitaciones ni colapsos! ¡Ni cómo había de tomar medicinas si, cuando animoso trataba de hacerlo, escuchaba claramente de lo más interno de su alma una voz misteriosa que le decía:

«¡Ándate tú con brevajes!..... ¡Otras medicinas te hacen á ti falta!.....»

Y á pesar de tanto sufrimiento, otra y otra vez entraba nuestro hombre en su pobre cuarto del tesoro, y allí, á la propia puerta, salía siempre á recibirlo fino, cumplido, ceremonioso, el señor Diablo, clavándole profundamente en el alma sus chispeantes ojos y señalándole en ella con su descarnado índice los más recónditos secretos guardados, que eran ni más ni menos las guaridas en donde



ocultaba sus monedas. Estos cumplimientos le daban alientos, ánimo, fortaleza; y con inefable gozo se arrojaba en los brazos de su muy amado amigo, dejándose abrazar por él con deleite y sintiendo valor grande al verse cobijado por sus enormes negras

alas de vampiro, acariciado por sus aceradas uñas de condor. Ya adentro encerrado descubría sus escondrijos, quedando absorto en la contemplación de todo aquello que encerraban, como el Diablo en la de su alma pecadora..... Y volvían otra vez los apretujones de muerte, y el desmayo, y el abandono del mal amigo, y la aparición de seres alados de flotantes vestiduras, y el miedo grande.....

Un día el ataque fué más fuerte; y cuando pasado el desmayo pudo incorporarse, vió con sorpresa que su amigo no le había abandonado aquella vez, que le sonreía con placer íntimo, que le mostraba con su descarnado índice cosa bien distinta de su continuo señalamiento. Se volvió, y quedó aterrorizado al mirar: allí estaba la señora Muerte, rígida, huesuda, repugnantísima; la Muerte que, con su voz cavernosa de ultratumba, dijo:

—¡Llegó tu hora, mortal! Sólo algunos minutos tienes para arreglarlo todo para el gran viaje. ¡Despacha lo más pronto posible, que tengo prisa, mucha prisa; pues hoy he de cortar el hilo de su existencia á muchas gentes; entre ellas, á tu vecino y antiguo camarada, á quien acudo mientras te dispones; á ese pobre padre de familia, que deja

á sus tres pequeñuelos en la soledad, en la miseria, como él se va del Mundo!—

Y desapareció señora Muerte, y en su lugar quedó el compadre Diablo, que entre horribles muecas de infernal contento se expresó así:

—No te apesadumbres, no tiembles, pues te prometo una continuación sin fin de placeres. Lejos de padecer, vas á gozar en grande á mi lado. ¡No en valde somos tan buenos amigos desde largos tiempos ha! Lejos de arder sin consumirte en la pez hirviendo de mis calderas, en ellas revolverás á tu antojo, con el tridente de que te haré poseedor, á los mortales que se condenan. ¡Alégrate pues, que no hay mayor placer que el de atormentar!... Y tú tienes mucho camino andado para sentir esta dicha sin igual con que te brindo, pues que en tu larga vida fuiste sordo á los clamores y lágrimas del desgraciado, negando socorros al hambriento cuando te rebosaba el oro en estos secretos de tu alma; cobrando el doble á quien prestaste por interés, sin ignorar que era arruinarlos; no queriendo escuchar los lamentos de la miseria, de la honradez, de la justicia!... ¡Alégrate, amigo mío, y cree que gozarás en grande con la nueva y larguísima vida

que te preparo!...¡Muere tranquilo!...—Y queriendo sonreírle del modo más expresivo, le hizo una mueca digna de poner espanto y repugnancia en el alma mejor templada.

El infeliz usurero se arrastró como pudo hasta abrir la puerta, después de cerrar cuidadoso sus escondrijos y decirle al Diablo: —¡Ven!—

Llegó á la cama, se echó ayudado por su vieja criada que le sintió quejarse como otras tantas veces, y allí siguió el Diablo pintándole de suave color rosa el ardiente rojo Infierno.

En tanto, volvieron muy intensos los apretujones al corazón, y volvieron á flotar resplandecientes las vestiduras ligerísimas, y los labios misteriosos le sonrieron tristemente, y le miraban compasivos, con santo amor, aquellos hermosísimos ojos que vertían á raudales las lágrimas; y el desgraciado sintió por primera vez el fresco saludable de aquellas blancas alas, que le cobijaron amorosamente; el regenerador aliento de aquellas bocas seductoras cuyos labios estamparon ardientes besos en sus mejillas frías, besos de especialísimo sabor muy parecido al que durante la infancia dejan en el alma los de madre cariñosa.

En el sombrío rostro del avaro se dibujó una sonrisa plácida, y con el alma entera dijo:— ¡Fantasmas seductores! : ¡En estos momentos supremos, siento un amor inmenso por vosotros!... ¡Quedaos á mi lado mientras entrego el espíritu!... ¡Os lo suplico humildemente!...—



— ¡Ay!...
Bien quisiéramos complacerte, desgraciado; pero no podemos!...
¡No tienes el menor mérito para ello; y sólo por mandato de la eterna Misericordia te hemos visitado frecuentemente,

dejándonos tú siempre volver á Ella en gran desconsuelo!...—

— ¡Dios mío! ¡No me abandonéis, celestiales visiones!... ¡Compasión de mí!...
¡Nada amé en el mundo como mis tesoros;

pues bien... ¡Todo os lo doy si no me desamparáis!...—

—¡Pobre pecador, hasta ahora incorregible!... ¡Para qué piensas que deseemos tus tesoros?... Para el *gran viaje* sirven de estorbo los bienes terrenales, y ya realizado éste, se desvanecen para el alma con el cuerpo: ¡que lo terrenal, en la Tierra queda!—

—¡Dios mío! ¡Virgen santa! ¡Madre adorada! ¡Espíritus inmortales! ¡Tened compasión de mí! ¡No me abandonéis, que la Muerte no ha de tardar ya en venir para llevarme! ¡Humildemente os lo suplico!...—

En tan angustiosos momentos, los lábios húmedos, cálidos, dulcísimos, se aproximaron á su oreja derecha y deslizaron en su oído palabras que le repercutieron en el corazón: —¡Acuérdate de esos pobrecitos niños que están ya en la orfandad, en la soledad, en la miseria!...—

—¡Ah, sí, madre mía del alma!...—

Y llamó precipitado, febril, angustioso, á su vieja criada, dándole expresivo encargo de que le trajera inmediatamente á las tres pobres criaturillas. Después se tiró de la cama, se arrastró hasta el escritorio, y con pulso inseguro trazó en hoja de papel unas palabras dirigidas al juez; y mientras, sin

perderle un momento de vista, las celestes visiones le sonreían, le sostenían el abatido cuerpo, le sujetaban la pluma entre los dedos, le daban fortaleza para trazar aquellos renglones que de tanto le servían para el otro mundo. Y le llevaron misteriosamente luego á la cama, y allí le dijeron:

—¡Puedes estar tranquilo, que no te abandonaremos ya!—

Y lo estuvo, y llegaron los niños que se le acercaron medrosos, apesar del tono cariñoso conque los mandó aproximarse á la cama. Los abrazó estrechamente; los besó con efusión, y entregó al mayorcito la llave de su misterioso cuarto y el papel escrito, diciendo:

—¡Hijos míos, fuí un malvado para todo el mundo! ¡Rogad á Dios por mí, vosotros que sois inocentes! Vuestro padre fué un santo; yo siempre tuve buena amistad con él; pero pudiendo hacerle rico sin empobrecerme, lo he dejado morir de hambre!... Por fortuna vuestra, muero arrepentido y os hago poderosos: dentro de aquel cuarto guardo un gran tesoro. ¡Todo es para vosotros, pero empleadlo mejor que lo adquirí! No seáis avaros, porque el amor al metal ciega al alma y la pierde para la eternidad!—

La Muerte esperaba, y al concluir de hablar le hizo un gesto significativo. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo entonces, pero el batir de alas de las misteriosas visiones le reaccionó; por lo que confiado y aún alegre se echó voluntario en los fríos brazos, mientras oyó en su interior una voz seductora que le decía:—¡Al fin supiste usar de la medicina que necesitabas! ¡Entrégate confiado! ¡Y advierte que para tí la muerte es vida! ¡El dejar ésta, comenzar á ser!...—

*
* *
*

Los pobres niños pasaron el tiempo llorando al lado de los dos muertos, del padre y del protector.

La noche del entierro, el mayor, más animoso, dijo á los otros cuando las sombras lo envolvieron todo:

—Si nosotros hubiéramos muerto, el buen padre no nos dejaría la primera noche allí, solitos, metidos debajo de tierra. ¡Vamos á hacerles compañía y á rezar por ellos!—

Apesar del mucho miedo que sentían, sobre todo los más pequeñuelos, allá se fueron y sobre la fosa del padre rezaron por los dos, primero de rodillas, luego sentados.

Pero al mayorcito le pareció oír distintamente una voz que le decía; —«Tu padre fué un santo, hijo mío, y no os necesita sobre la tumba. ¡Vuestro protector, sí!»... —

Y como el muchacho estaba acostumbrado á escuchar la voz de sus camaradas los ángeles, obedeció; y los tres fueron á colocarse sobre la fosa del infeliz avaro.

No tardaron mucho en ver unas lucecillas extrañas, en oír más extraños ruidos; por lo cual se acurrucaron los pequeñuelos medrositos contra el mayor, que por segunda vez oyó la voz misteriosa: «¡No tiembles! ¡El Señor es contigo! Quita los tirantes del pantalón á tus hermanos, extiéndelos sobre la tumba formando una cruz, y echaros después sobre ella. El Diablo vendrá, pero tú no tengas miedo, toca sin cesar la flautilla que llevas en el bolso, y le vencerás!»

El chico lo preparó todo como le fué dicho, y esperó. No tardó en presentarse el Diablo, que con seguro paso avanzó hacia la tumba del avaro. Los pequeñuelos, echados como estaban sobre el hermano, no lo veían por fortuna; y el otro infeliz, con su flautilla en la mano, en poco estuvo que faltándole el valor no cayera al suelo. Sin embargo, el propio miedo de ver tan cerca al Diablo, y



más su buen deseo, le dió valor para llevarse el rústico instrumento músico á la boca comenzando á tocar.

¡Raro prodigio! El Demonio saltaba que era una

maravilla, chispeándole los ojos, brotándole

de la boca llamaradas, amenazando primero al muchacho, suplicándole después que dejara de tocar, pues ya estaba descompuesto. Pero la danza siguió y siguió; porque cuando por estar ya sin alientos pensaba el mozuelo descansar, la voz misteriosa le decía: «¡Toca, toca hasta que llegue el alba! ¡Yo te daré alientos!...»

La música y el baile duraron, pues, hasta los primeros albores de la mañana, á cuya hora el Diablo soltó una maldición que estremeció las tumbas, los cipreses, las tapias del cementerio, y desapareció con las últimas sombras de la noche; apareciendo en su lugar dos hermosos ángeles, que dieron un beso á su camarada ayudante y á los otros pobrecitos, remontándose luego con el alma del arrepentido avaro.



LA NUBE DE LAS CONCIENCIAS

Un hombre *excelentísimo* en títulos y dignidades de todo género, y más rico y poderoso aún que *excelentísimo*, el cual hombre gozó gran fama en el mundo de abogado y político eminente, despreocupado vivió en él como si de buena fé estuviera seguro de que nunca había de llegarle el momento de entregar la pelleja. Sin embargo de lo cual, y como á todos sucede y sucederá siempre, le vino su San Martín fúnebre al tal *grande hombre*; razón por la cual un día encontróse en espíritu por los espacios para nosotros sin medida en que los astros se mueven perpetuamente; y en la inmensidad aquella no sabía cómo ni adónde dirigirse, vacilante entonces sobre el rumbo que debiera tomar, al modo como oscilando vivió siempre entre el bien y el mal. Y como no hay eso que cien años dure, y lo bueno gusta á todo el

mundo desde que nace hasta que muere, y se acentúa muy agudamente este gusto selecto desde que traspuesto se ha el umbral de la muerte, en tan suprema oscilación se inclinó pronto por el lado seductor, y quiso probar fortuna como acostumbrado estaba á hacerlo á cada paso en la Tierra, cuando habitante de ella fué; porque se dijo: «¡Quién sabe si me darán allá eterno aposentamiento de venturas?... ¡Después de todo, no fui cruel nunca, y á veces la compasión guió mis actos!...»

Llegó al Cielo, llamó cuidadosamente, oyó descorrer cerrojos, y por entre la puerta á medio abrir asomó su apostólica cabeza calva el venerable Pedro.

—¡Soy un pobre mortal que rompió por siempre los lazos mundanales, é implora clémencia en la Santa Puerta, compasivo Pedro! ¿Puedes darme refugio en este lugar de las bienaventuranzas?—

—¡Huuun!...—¡En verdad que no me hueles á santo, ni aún siquiera á cristiano rancio!... Pero en fin, entra y el Soberano Juez te sentenciará, según su severa, infalible é inapelable justicia. Siéntate aquí, en este rincón, y espera: que no está ahora la Majestad Eterna en el Paraíso.

—¡Que no está en el Paraíso?... ¡Pues adónde, Pedro?...—

—De bautizo allá abajo, á la Tierra! —



—¡De bautizo!... ¡A la Tierra!... ¡Cosa más extraordinaria!... ¡Y quién es el feliz mortal?...—

—El *infeliz* (que diríais vosotros en vuestra insensata, en vuestra ciega manera de juzgar), los *infelices* mejor dicho, son unos cuantos hombres que hasta hace muy poco vivían desnudos, en continua guerra, sin ilustración alguna, en las vírgenes selvas de Australia; hombres cristianizados hoy por aquellos otros *infelices*, los misioneros, que á su muerte son aquí traídos derechos, y para quien estas Puertas se abren por sí de par en par. Cuando se trata de estos bautizos de *salvajes*, que los hombres *civilizados* desprecian por regla general, y de que aún por regla general no tenéis noticias siquiera, el Eterno se complace en bajar allá, y aún en hacer bajar con Él á toda su Celestial Corte.—

—¡De modo que estás sólo?—

—Sólo. Y como tengo mucho que hacer, contigo queda hasta que con Dios estés.—

—¡Hombre!... ¡Pedro amado!... Apenas puse los pies en el Paraíso, sentí la comezón irresistible de gozarme cuanto antes en su contemplación. ¡Si fueras tan amable!...—

—Bien. Algo te haré observar. Sígueme, y escucha bien mis explicaciones.

Todo le producía tamaña admiración al mortal, impidiéndole manifestar sus pensa-

mientos la fuerza de la emoción sufrida. Ni el más insignificante detalle allí podía compararse con la grandeza terrenal más soberana.

Al fin, la curiosidad le soltó la lengua: en apartado sitio vió una nubecilla blanca, y preguntó á Pedro su objeto.

—Es el trono desde donde Su Divina Majestad examina las conciencias de los hombres.—

Terminó el paseo paradisiaco, y volviöse á su rincón de espera nuestro pecador, mientras San Pedro se entregó á sus ocupaciones esperando también el advenimiento del Eterno.

Una idea de sacrílega profanación atormentó de tal forma á nuestro hombre, que no pudiendo resistir más la tentación se dirigió al sitio á donde la *nube de las conciencias* se encontraba:

—¡Quiero—se decía—penetrar las almas de aquellos á quien más quise!—

Y llegando allá, osado se encaramó resueltamente á la nube, cual en otro tiempo escaló el poder en su patria.

¡Maravilla incomprensible!.... Las conciencias no las vió, pues solo Dios penetra esos sentimientos y pensamientos íntimos

que el hombre no manifiesta á nadie; pero vió la realización de los más ocultos actos humanos; y entre ellos, llamó desde luego la atención más poderosamente la vista de un ser conocido que le había *importunado* en muchas ocasiones pidiéndole un destino, un jornal, como limosna honrada para sus pobres hijos, que ahora hambrientos le pedían pan, próximos á su-



E. Barrio

cumbir de hambre... Aquel hombre, andando y desandando el camino como si vacilara entre el bien y el mal, había tomado al fin sigilosamente un panecillo al pasar por puesto en ellos abundante, y lo llevaba á los pedazos de su corazón, contento y triste á la vez, como el que sabe que comete un mal por salvar la vida de los suyos muy amados...

—¡Ah, grandísimo bribón, si yo viviera la vida humana que perdí por siempre! ¡Y qué caro ibas á pagar el robo que cometes, ese acto de pillaje, de bandolerismo!... — Dijo al observarle nuestro abogado; y lo decía descompuesto el semblante, colérico en extremo, echando fuego por los ojos, con los puños cerrados y amenazantes.

¡Cuál no sería su sorpresa al contemplar ante él, cuando más descompuesto estaba, la Majestad Divina, severa, acusadora, á la par que compasiva!

—¡Aún en el día del perdón juzgas así á tus hermanos, desdichado? ¡Qué te parece, si en mi Justicia prevaleciera la impiedad como en la tuya? ¡Tan pronto has olvidado que con tus malas artes de letrado insigne sin conciencia, arruinaste familias poderosas?... ¡No recuerdas, desgraciado, las veces que metiste mano en las arcas del

Tesoro Público, hasta con grave escándalo para tus subordinados?... ¡Y cometiendo tanta infamia de tal género tú, que ni aún la engañosa disculpa en ello te cabe de haber de mirar por el presente y porvenir de mujer é hijos (que no tuviste), juzgas y sentencias así en voluntad, despiadado, á quien sin esfuerzo alguno pudiste sacar de la miseria, evitándole el pecado que acaba de cometer?... ¡Sal inmediatamente de la Santidad! ¡Vuelve á la Tierra, y vive allí pobre y con familia á quien mantener en tu pobreza y desamparo! ¡Aprende así á sufrir, á compadecerte del mísero! ¡Y agradece que la Misericordia mía no te condene al eterno tormento! Cuando hayas templado tu alma en la adversidad, cuando sepas lo que es cierto género de sufrimientos, mi divina Clemencia, de que jamás quisiste participar, se compadecerá de ti y te recibirá en su reino!...



LA MANSIÓN DE LOS GENIOS DE NATURALEZA.

¡Pues señor: éranse que se eran dos jovenzuelos amigos, muy amigos, que acabados ya sus estudios escolares hubieron de emprender el aprendizaje de un oficio para ganar la subsistencia, pues no contaban con más fortuna.

Como desde pequeños se marcan en nosotros las aficiones y aún las pasiones, Juan eligió el oficio de jardinero y Pedro el de joyero; porque sentían y pensaban de muy distinto modo desde la niñez:

El primero se decía:—¡Quiero admirar á todas horas la Naturaleza, observar de cerca sus prodigios, siguiendo paso á paso el desarrollo de las plantas; y quiero probar cómo el ingenio humano influye sobre las cosas naturales, y llega á modificarlas con su trabajo inteligente y constante!—Y Pedro, que

no se pagaba de amores á las ciencias ni á las artes, al elegir oficio sólo pensó:— ¡Quiero vivir entre piedras y metales preciosos, rodeado de riquezas! ¡Quiero ser visitado por los grandes de la Tierra! ¡Quiero vivir algún día en la opulencia!—

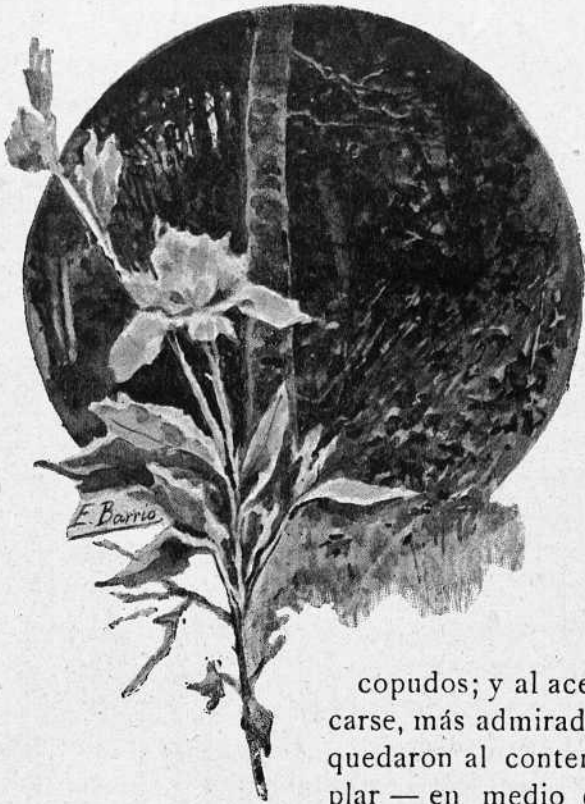
Y como cuando se trabaja con interés produce el trabajo sus naturales resultados, ambos amigos tardaron bien poco en ser dos excelentes obreros; excelentes al extremo de decirles sus respectivos maestros:—Para conseguir la perfección deseada, preciso es viajar: quien viaja se instruye; quien ve mucho, mucho aprende; quien observa con delicadeza, después de saber algo, se hace buen artista. Viaja, pues, un año por mi cuenta; he aquí el dinero que durante él ganarías trabajando en casa: con ello puedes vivir modestamente ese tiempo; aprende mucho, y al terminar el plazo vuelve á mi casa, en donde si como espero te has perfeccionado, te aumentaré el jornal.—

Así fué hecho; y de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de país en país, iban ambos viendo, observando, preguntando.... Pero siempre con la gran diferencia que sus opuestos caracteres exigían: Juan, absorto en la contemplación, vivía en el mundo de

las ideas científicas y artísticas, se encontraba muy satisfecho con su suerte, creía muy suficiente para vivir el dinero de que podía disponer; y dedicaba todo el tiempo que podía en sus estudios de jardinería, y pasaba otras largas horas en los campos, admirando la Naturaleza, y con ella y por ella el poder y la bondad sin límites de Dios, los admirables efectos del humano espíritu cuando éste es activo y bien desarrollado. Y en cambio Pedro, más que en perfeccionarse en su arte, se ocupaba en procurarse ocasiones de poder tratar á la grandeza, á los poderosos, contemplando con deleite su fastuosa apariencia, y siempre dominado por el loco ensueño de poder algún día eclipsar á todos; y cuando así entregado á tales insensatos devaneos iba distraído por los caminos, al oír que le rogaba el amigo y compañero para que á sus piernas descanso dieran, tras hartarlo de chiflado y tonto, le dejaba entregarse tranquilamente á sus observaciones y meditaciones, sentándose él y escondiendo la cabeza entre las manos por así mejor soñar con sus fantásticos bienes materiales.

Quiero decirte ahora que una mañana, cuando las pálidas tintas rosadas de alegre alborada comenzaban á inundar la región del

Saliente, yendo ellos caminando por sitio muy árido, y así abandonado de los hombres, vieron con admiración un grupo de árboles



copudos; y al acercarse, más admirados quedaron al contemplar — en medio de la plazoleta que tales árboles formaban — una flor gigantesca, de rojo escarlata color y de belleza sin igual en la forma; la cual

flor muy suavemente se balanceaba sobre el esbelto tallo.

El jardinero, arrebatado de entusiasmo, la contemplaba absorto tratando de analizarla; mucho más despreocupado el joyero, la miraba, sin embargo, fijamente; porque tal fué el portento cuando al primer rayo del naciente sol, la corola, muy inclinada hacia ellos, les mostró en su fondo algo soberano que con vivísimos destellos brillaba.

—¡Admirable efecto del rocío!...— ¡Soberbia perla sin igual!... — Gritaron á un tiempo. Y Pedro, no queriendo desperdiciar la ocasión de poseer tal riqueza, extendió hacia ella sus brazos; mientras Juan intentó en vano evitar la profanación.

Al contacto de los dedos, deshízose el encanto para dar lugar á otro más grande: pues la flor, inclinada como estaba hasta rozar el suelo, se petrificó, quedó convertida en rocosa entrada de obscura caverna; por donde misteriosa y fuertemente impelidos se lanzaron los dos amigos hacia adentro.

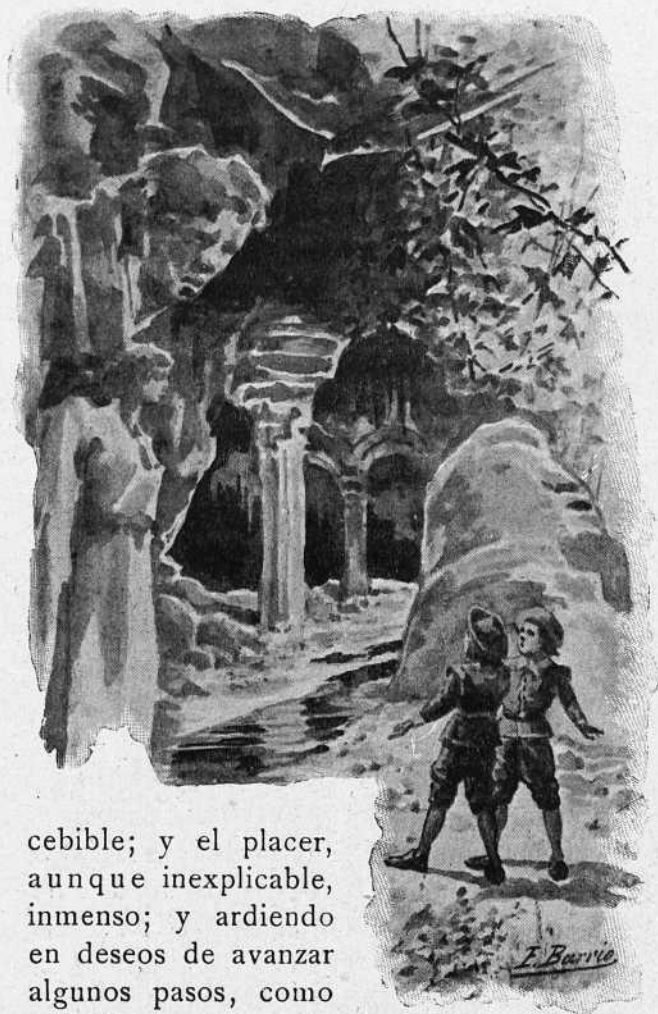
Aquél antro obscuro, terrorífico en un principio, les fué iluminado gradualmente por misteriosa luz á su marcha. Cuando estuvieron ya en estado de poder pensar con cierta fijeza, espantáronse ante la idea de

tener que recorrer aquellas tenebrosas galerías; pero el camino se iba cerrando tras ellos, y preciso fué avanzar siempre por entre moles de piedra, á cuyos extraños salientes daba aspecto soñado la tenue luz.

Luz siempre en aumento, que al fin les permite distinguir cuanto los rodea. Al fin se encuentran en amplísima pieza indescriptible, que á los dos amigos les parece engendro de la imaginación, de la fantasía, más que tangible maravilla natural ó artística.

En los límites, y sirviendo de muros, conjunto extraño de extrambóticas formas: motivos arquitectónicos, fantásticos animales y plantas petrificadas...; todo ello como si luchara con el resto por el predominio absoluto allí, todo con soberano carácter de grandeza y misterio. Pendiendo de la grandemente elevada bóveda, desgajes de flores, hojas, frutos; extrañísimas suspensiones abigarradas. Y el suelo llano, como compuesto á trozos de planchas de riquísimos metales que el joyero desconocía; de césped extraordinario, nunca visto por el jardinero; de estancaciones de agua, hermosísima en sus puros reflejos de tanto encanto allí encerrado.

El asombro de nuestros jóvenes era incon-



cebible; y el placer, aunque inexplicable, inmenso; y ardiendo en deseos de avanzar algunos pasos, como clavados permanecían

á la entrada, sin embargo, admirando cómo los prodigiosos cambios de luz, su intensidad y colorido, hacía cambiar prodigiosamente el aspecto de conjunto y detalles de la maravillosa pieza, adonde todo era fantástico hasta lo inverosímil. Tan grande era la emoción sentida, que no les permitía hablar, comunicarse sus impresiones, acordarse tan siquiera el uno de que el otro le acompañaba y disfrutaba de su propio disfrute, si de placer calificamos tal magna impresión.

Cuando pasado algún tiempo estuvieron en estado de reflexionar, cada uno creyó ver en todo aquello prodigio singular y muy distinto; máxime cuando, por nueva maravilla, surgieron del suelo y las paredes y el techo seres animados, humanos en la apariencia, aunque de minúscula talla, ataviados de vestiduras distintas, soberanas siempre, cambiantes de tonos y formas como todo allí cambiaba.

Estos seres misteriosos, con todas las muestras de bondadosísimo carácter alegre, tiraron de ellos con la suavidad y gracia de mariposillas que revolotean, y los condujeron así al centro de la estancia, y los invitaron con voces armoniosísimas de timbre ideal, á mirar en derredor. ¡El prodigio era superior

en mucho á lo hasta entonces observado!

Juan vió en las paredes, en el techo, en el suelo, plantas desconocidas que fascinaban; y los enanillos le iban enseñando sus virtudes, las especiales aplicaciones que el hombre podía darles para mejorar su existencia; y le decían cómo aquellas aguas estancadas eran aguas de vida, capaces de extinguir toda dolencia y de ahuyentar la muerte; y que aquellos extraños animales eran prodigiosas petrificaciones de seres de otros tiempos pasados, y formas ideales de otros que en el porvenir existirían; y en fin, le advertían cómo toda aquella naturaleza de conjunto era algo así como el ideal de la sabiduría humana, venida, emanada, de la eterna Sabiduría Divina.

En cuanto á Pedro, sus acompañantes se conformaban con decirle á cada paso: —*¡Mira, admira y aprovecha!...*— Y él bien veía que caminaba sobre metales riquísimos y pedrería deslumbradora; que le rodeaban incalculables tesoros. ¡Cada destello de la misteriosa luz, era cascada prodigiosa de nuevas riquezas!...

Ni uno ni otro se atrevían á manifestar sus sentimientos, mucho menos á tocar nada; pero sus amables acompañantes, acostum-

brados á leer en las almas, fueron ofreciéndoles saquillos vacíos y llevándoles las manos allí adonde el pensamiento y la voluntad ponían ellos: de modo es que los sacos iban llenándose de preciosidades; aunque por singular prodigio, con ser innegable que los objetos pasaban allí adentro, también lo era que parecían quedar en su sitio; lo cual ni aun que pensar daba á Juan, si es que lo notaba, y al contrario tenía muy preocupado á Pedro; á quien adivinado que le fué el pensamiento, un enanillo le mostró sus repletos sacos y le dijo:—*¡Mira, toca, y no desconfies!*—

Juan quisiera estar allí la vida entera, absorto en sus contemplaciones, poniendo en ellas el alma entera; no en el tesoro extraño que iba reuniendo, gracias más bien á la buena voluntad de aquella gentecilla que por la suya propia.

Pedro, repletos ya bolsillos y sacos de cuanto le pareció más seductor por su material valor, y una vez probado que á duras penas podría con la carga, su único pensamiento ya fué salir de allí; y el espacio se le fué cerrando, y desapareciendo de su vista las hermosuras de la gruta con sus extraños habitantes, y desvaneciéndosele la luz, y fal-

tándole al fin ya, envuelto en las oscuridades de la galería de salida; siempre tirando de sus sacos con gran cuidado de no derramar ni romper alguno, muy alegre en la oscuridad y en la estrechez de vía por considerarse tan enriquecido, y entregado ya de nuevo y más que nunca á sus vanos pensamientos de eclipsar al mundo entero con su fortuna.

Al fin, y tras grandísimos esfuerzos que le tenían rendido de fatiga, vióse fuera de la gruta, á su entrada, tendido sobre el césped que alfombraba el campo; y allí, puesto el tesoro por almohadas, se durmió fantaseando.

¡Qué despertar!... Era la caída de la tarde; sentía hambre, y no tuvo qué comer; necesidad de comunicarse con el compañero y amigo, y no estaba allí. Miró en derredor; la boca de la gruta había desaparecido; la magna flor escarlata se mecía suavemente allí, á su lado. Pronto le vino á la imaginación el recuerdo de sus grandes riquezas, y metió las manos en sus bolsillos para gozarse contemplando diamantes, perlas, rubíes, esmeraldas... ¡Pero sacó de ellos solamente piedrecillas y frutos silvestres!... Desesperado, abrió sus sacos uno por uno, y sólo objetos parecidos contenían!...

—¡Indudablemente, me han robado mien-

tras dormía! ¡Bien seguro estoy de haber sacado de la misteriosa caverna grandes tesoros! ¡Yo no podía confundirme así!... ¡Volveré á entrar, y entonces mis riquezas no serán robadas; pues aunque el cansancio y el sueño me rinda, no me dormiré!—

Y pensando así, tocó el brillante fondo de la corola de la flor, y de nuevo apareció la entrada de la gruta, por donde precipitado se lanzó; pero, la frente inclinada hacia adelante, sintió en ella un fuerte golpe seco. Estaba tapiada la entrada por plancha de arrebatadora apariencia, salpicada de rica pedrería; y cuando ebrio de gozo y ambición puso en ella las manos para apoderarse de cuanto pudiera, asombrado retrocedió viendo cómo se movían las piedras preciosas, ordenándose gradualmente para formar esta inscripción:

«¡Mortal! ¡Esta es la santa mansión de los genios de Naturaleza! ¡Quien logra entrar en ella, juzga todo como el deseo quiere; y así es como lo desea al tomarlo. Pero ya fuera de aquí el encanto pasa y lo tomado es según el merecido de quien lo tomó!... ¿Con tus mezquinas ideas de avaricia loca, pretendías conservar milagrosos tesoros? ¡Con tu ambición desmedida, creías

poder ser de nuevo admitido aquí? ¡Sé razonable, y piensa en la justicia del castigo que te abruma!...»

Y de nuevo desaparecida la entrada rocosa, se volvió á mecer sobre su tallo la gigantesca flor escarlata; cayendo el joyero al suelo, desesperado, confundido. Absorto permaneció así las horas, en tristesimas reflexiones de su desengaño cruel, sin moverse de donde se dejó caer, hasta que el viento le trajo el anuncio de la media noche en metálicas voces lejanas, muy lejanas. En aquellos momentos sintió extraño ruido suave, y al mirar la roja flor vió surgir de ella á Juan, resplandeciente de gozo y cargado de saquillos que sin esfuerzo alguno aparente soportaba. Saludólo cariñosamente, lo consoló en su tristeza, se admiró y compadeció del doble



desengaño; lo animó, y por último díjole cómo á él cuanto más miraba dentro de la misteriosa gruta, más y más se le dilataba el espacio, al extremo de creerse en pleno aire, en extensísima llanura de inconcebible vegetación; díjole también que á él jamás le parecieron perlas, diamantes, oro... lo que allí vió, sinó plantas y animales petrificados, curiosísimos séres, todo ello en más alto grado sorprendente que las tan estimadas piedras preciosas; le contó que deseaba poseer algunos de los más curiosos ejemplares, pero que más que con poseerlos gozaba en su contemplación desinteresada, admirando encantado la soberana grandeza del Eterno en sus obras; y que los enanillos concluyeron por hacerle la provisión de que gozaba; explicándole de tal modo las virtudes de cada cosa, que se sentía henchido de ciencia, sobre todo luego que un misterioso ser alado (que en vano sería el que tratara de describírselo) le puso sobre la acalenturada frente su mano alabastrina.

*
* *
*

Juan fué admirado como sabio profundísimo y sin par, haciendo fabulosa fortuna (sin desearlo, y de la que en buena parte

disfrutaron los pobres) por sus conocimientos extrañísimos, muy adelantados á su época.

Pedro, siempre excelente artífice, jamás logró su ideal de vivir en la opulencia; pues dotado espléndidamente por su buen amigo en varias ocasiones, el inmoderado deseo de aumentar la fortuna con rapidez grande le hizo aventurar sus bienes en ruinosas empresas.



EL PAJARILLO ENCANTADO

Unos padres pobres tuvieron dos hijos, y sólo desearon para ellos el buen comportamiento en sus trabajos:—Si con honradez podéis hacer fortuna, muy bien; mas si por hacerla os deshonráis, vendiendo el alma al Diablo, ¡maldito el dinero que logréis así!—

Los consejos son buenos de dar siempre, mas no siempre buenos de seguir: el más joven ayudó al padre en su oficio de carretero, y en su puesto quedó cuando ya viejecito murió éste; el otro no se conformaba con vivir tan modestamente, y se empleó en un comercio; y muerto el padre y con algún dinero, al sentirse libre elevó el vuelo en su calidad de ave de rapiña: lo cual equivale á decirte que fué usurero, que prestó al necesitado con grandes intereses, haciéndose rico, muy rico, aquel miserable, á costa de lágrimas y sacrificios de muchos infelices. Y



digo miserable, no sólo por su maldad, sinó también por su modo de vivir, porque el avariento vive siempre de mal modo: temeroso á todas horas de disminuir sus monedas ó de que le fueran robadas, siempre tenía en ellas puestos pensamiento y sentimiento; así es que, siendo tan rico, era muy pobre.

En cambio su hermano se resignaba con su suerte triste: cargado de hijos, ape-

nas si sus ganancias le alcanzaban para lo más preciso, pasando muchas amarguras; pero se conformaba pronto con el pensamiento puesto en Dios, en sus hijos, en su mujer, y no acudió jamás á su hermano, solterón y rico, en sus necesidades, pues le conocía demasiado para no confiar en él jamás.

Porteando piedra pasó una vez el carretero por hermosa ribera; y durante la hora de siesta paró, dió agua al ganado, y se dispuso á dormir unos momentos á la sombra de los árboles. Pero oyó admirables gorjeos, y le entró curiosidad de saber qué pájaro les producía. Entre el espeso ramaje de gran sauce le descubrió, admirable en sus formas y colores, en los reflejos metálicos de su plumaje. El animalito, dando un vuelo suavísimo, pasó rozándole la cara y dijo:

«¡Premiar quiero tu honradez!

¡Sígueme! ¡Sígueme! ¡Sígueme!»

Á pequeños saltos caminó, seguido siempre del asombrado carretero, hasta llegar á hermoso fresno; á él voló luego, y picó insistente en el nacimiento de pequeño ramo hasta hacerle caer al suelo.

«¡Toma, toma ese ramito!...

¡Llévale con cuidadito!»

Otra vez emprendieron la marcha, y el

camino entonces fué largo, muy largo, hasta llegar á una fuente que brotaba entre dos árboles.

«Cuando cante yo, golpea en el suelo con el ramo»—le dijo el pajarillo allí. Y tras la fuente cantó, mientras el hombre golpeaba el suelo:

«¡ Fuente prodigiosa:
muéstranos la entrada
de la primorosa
caverna encantada! »

El césped que cubría el suelo fué desapareciendo bajo sus piés, y al fin quedó descubierta gran losa redonda.

«¡ Salta fuera! ¡ Salta fuera! »

Dijo el pajarillo; y al instante se vió girar la losa, quedando descubierta ancha escalera de piedra por donde bajaron, sintiendo pronto el hombre que la entrada se cerraba de nuevo sobre su cabeza.

Caminaron largo rato por la oscuridad, pero viendo siempre al lejos misteriosa luz; y al fin llegaron á gran recinto en donde amontonados se veían en cantidad enorme barras de plata y oro, diamantes, rubís, esmeraldas..., que brillaban deslumbradores.

«Toma de lo que quieras y cuanto quieras.»

El pobre hombre no sabía qué hacer; pero como no era nada ambicioso y comprendió que lo de menos valor allí era gran riqueza, tomó solo plata y únicamente la que cupo en sus bolsillos.

«¿No quieres más?»

—No, mi queridísimo pajarito. Con esto saldré de la pobreza, y mis hijos no pasarán hambre nunca más.—

«Si á la vista del tesoro te hubieras mostrado avariento, no podría volver más contigo; pero te prometo que cuantas veces me busques para venir aquí, me encontrarás en el mismo sitio que hoy, deseoso de complacerte. Es probable que vuelvas porque tu mujer é hijos no pensarán acaso como tu piensas, y desearán mayor riqueza.»

Recorrieron la larga galería obscura, y ya en la escalera cantó el pájaro:

«¡Fuente prodigiosa:

descorre tu losa!...

¡Ahorí! ¡Ahorí! ¡Ahorí!...

¡Así! ¡Así! ¡Así!»...

Ya en el campo, del mismo modo que antes caminaron hasta llegar al sitio en donde el carro se hallaba. Tomó el pajarillo en su pico el ramo, subió de un vuelo al árbol, y desde allí dijo: «¡Mientras sigas

siendo honrado y desinteresado, búscame cuando quieras!»

El buen hombre, quitándose el sombrero, le dijo respetuoso y emocionado: —¡Adiós, señor encantado! ¡Dios quiera daros el bien que para mí deseo, y creed que os quedo agradecidísimo!—

*
* *
*

¡Qué justa alegría grande! A nadie mas que á su mujer le dijo cómo había adquirido aquel tesoro. Compraron una casita con su huerto, y vivieron bien, aunque con economía. Á todos extrañaba aquel cambio, pero nadie sospechó que por malas artes hubiera adquirido el dinero: que era bien pública su honradez.

Lleno de envidia el hermano, preguntóle; y él contestó: —¡El Buen Dios me ayuda, hermano mío, y Él me proporciona los me-



dios!— Pero como buen avaro era incrédulo el solterón, sin duda por miedo al Infierno; y pensó: «¡Á mí no me la pegas tú! ¡Como aguardara yo á que Dios me trajera las monedas á casa!...» Y se preparó á espíarle, y le espíó de veras.

Entre tanto, la mujer del carretero había dicho á éste muchas veces: —Marido mío, no es ser avariento el volver de nuevo allá, toda vez que el pajarillo te lo indicó y brindó con insistencia. Bien es verdad que tenemos muchísimo más de lo que pudimos soñar nunca; pero yo querría que dejaras ese oficio tan penoso y fueras lo que tan de tu gusto es: tratante en ganados. ¡Líbreme Dios de hacerte caer en pecado de ambición! Para realizar mi deseo, con otra cantidad igual de plata tendrás de sobra. Compláceme y vivirás más descansado y satisfecho, y no seré yo quien te incite de nuevo á molestar á nuestro protector.—

Al fin, convencido nuestro hombre de que su mujer no razonaba mal, se decidió y se dispuso á marchar. El hermano espíaba; y viendo que no llevaba cargado el carro, le preguntó adónde iba; por la respuesta sospechó que no decía verdad, y que acaso se trataba de algo relacionado con su extraña

fortuna improvisada. Así es que, con gran disimulo y astucia, ocultándose como un ladrón entre la espesura y las peñas, corriendo cual un gamo cuando la necesidad lo exigía, llegó tras nuestro hombre á la ribera, oyó el canto del extraño pájaro, la humildísima súplica del hermano, la respuesta cariñosa del animal. Con mil apuros luego, pero con la suerte de no ser descubierto, los siguió á la fuente, y oyó la invocación del pajarillo, y vió desaparecer el césped y descubrirse la losa; y cuando girando ésta quedó á la vista la escalera, arrebatado por la ambición y la envidia y ayudado por los malos espíritus, se acercó al hermano y le sacudió tremendo puñetazo sobre el pecho; razón por la cual cayó al suelo desvanecido el buen hombre, sin darse cuenta de lo que le pasó; y el infame bajó tras el pájaro que al parecer nada había notado.

La losa cubrió la entrada, y ellos siguieron el oscuro pasadizo hasta llegar á la pieza del tesoro. Antes de que el pajarillo dijera una palabra, ya el malvado avariento habíase llenado los bolsillos y el sombrero de piedras preciosas, buscando con la vista extraviada algo en donde guardar más. Dos grandes sacos vacíos vió en el suelo, y tomándolos

los llenó. Llenos ya, en vano trató de arrastrarlos ni de avanzar él, que poco á poco fué perdiendo el equilibrio hasta quedar sepultado entre sus dos sacos, también tendidos en el suelo, del cual parecía él formar parte, boca arriba, empotrado, como clavado; ni aún pensar se podía que pudiera desprenderse de tan extraña prisión. Y transparentándose sus ropas y los talegos, cegábale el destello de los diamantes cogidos.



—¡Pájaro endiablado! Sácame de aquí, ó al menos haz que pueda gozarme tocando estos diamantes que tuve ya por míos y que me ciegan ahora sin lograr tocarlos.—

—¡La ambición te perdió para siempre! ¡Ahí permanecerás en justo castigo!...—

Dicho ésto, el pajarillo salió en busca del buen hombre, que aún estaba desvanecido sobre el césped; pero apenas le rozó con sus

alas, se levantó fortalecido. —Sufriste un ligero desmayo, amigo mío; ya pasó por completo; vamos abajo. —

Tomó el carretero su plata, sin mirar siquiera al oro y pedrería; y como oyera lastimeros suspiros penetrantes entre el montón de diamantes, preguntó al protector. —¡No te preocupes ni mires; es la Ambición, que nunca se halla satisfecha y á la cual gracias á Dios tú no conoces! ¡Desgraciado quien con ella tiene amistad! ¡Infeliz el hombre que la toma por seductora esposa!—



El honrado carretero dejó su oficio, fué afortunado tratante en ganados, vivió feliz y sobrado de dinero con los suyos, no teniendo más pena que la producida por la incomprendible desaparición del hermano, de quien nadie llegó á saber más.

Muchas veces fué á ver al pajarillo, que siempre le ofrecía ir de nuevo á la prodigiosa cueva; pero él, satisfecho de sus ganancias, no aceptó nunca; recordaba el subterráneo con amor grande, pero también amedrentado por los lastimeros ayes que la Ambición daba allí la última vez que estuvo.

Nunca quiso revelarle el pajarillo la suerte de su hermano, cuando por él le preguntó varias veces con lágrimas en los ojos; conformándose con decirle un día:

—En todo caso, mucho mejor es que espíe sus malos pensamientos y obras fuera del trato de las gentes honradas, que vivir más tiempo entre ellas cometiendo maldades y aumentando en tanto sus pecados.—



LA CEREZA DEL PRÍNCIPE

Faltó la salud un día á rey poderoso, y ningún médico fué capaz de curarlo ni aún de prometer alivio en su dolencia; por el contrario, todos convinieron en que el mal no tenía remedio, pronosticando su temprana muerte.

Su hijo único, y en consecuencia príncipe heredero del reino, era todo un buen hijo; y tanto amaba al padre, que suplicaba á Dios le concediera morir en su lugar, sin pasarle siquiera por la imaginación la tentadora idea de heredar un reino. Secreta voz misteriosa le avisó un día que había remedio infalible para el padre: cierta cereza de determinado árbol, crecido en lugar solitario.

Prisa se dió á que la noticia se extendiera por todo el reino, prometiendo cambiar por

la suya propia la suerte del mortal que le llevara aquel tesoro inapreciable; tesoro aguardado por él con gran impaciencia.

Escusado es decir que muchos aventureros, queriendo probar su fortuna, se presentaron bien pronto en palacio con cerezas tomadas del primer árbol venido á las manos; que otros hombres de buena fé buscaron afanosos el misterioso árbol, y en él la milagrosa fruta, creyendo realmente llevar al Príncipe el objeto de su ardientísimo y honradísimo deseo. Pero el buen hijo, avisado tan misteriosa y prudentemente en la elección como lo fué en el conocimiento del remedio necesario, los rechazó á todos.

Sin embargo, alguno había de acertar: Hijos de pobre labrador eran dos hermanos, de los cuales el pequeño fué inocentón, buenísimo, con esas *caídas* en sus conversaciones que hacen decir al que no penetra el espíritu: «¡Qué tonto!»; mientras llenan de admiración y placidez al que vé de largo; y como en su casa eran todos muy cortos de inteligencia, siempre que el chico hablaba de ciertas cosas era obligado el tratarle de bobo, de simple, de memo.

Un día dijo al hermano, que no tenía nada de bueno:— *Me sé un cerezo que crece solito*

en el bosque, y en cuanto esté madura la fruta voy á cojer y á llevar al Príncipe; y le diré que no quiero su corona, que me dé sólo un poco de dinero para padres.—

No hay para qué decir que llovieron sobre el pobre chico los desprecios mayores á su ocurrencia; pero sin embargo, el hermano dió en pensar:

— ¡Quién sabe! Acaso sea en esto en lo único que acierte! — Y diciéndole al inocente que le enseñara el árbol, como aquel no tenía pizca de malicia para pensar mal de nadie, se lo enseñó desde luego.



Escusado es decir también que el primero que vendimió el fruto fué el mayor, él sólo, sin decir nada al pequeño. Cuando cogía las cerezas, se le apareció un extraño personaje, pequeñín, pequeñín, que le dijo:—¿Para qué despojas de su fruto á este árbol?—

—¿Y qué te importa á tí, ni qué tengo yo que ver contigo, miserable enanillo?—

—¡Tu insolencia y mala idea te han perdido! Este árbol maravilloso atesora la cereza que dará salud al Rey, pero no caerá ella en tus manos ciertamente.—

Desapareció el enano, y el jóven, sin hacer caso de sus palabras, siguió tomando de la fruta aquellas piezas que tenían mejor apariencia. Después de lo cual marchó á la Corte y las presentó al Príncipe, muy confiado... ¡Pero nada! ¡Aquella no era la fruta deseada por él.

Desesperado el joven, vuelve adonde el árbol en ocasión de que su hermano cogía de él cerezas. Se oculta y espera. El misterioso hombrecillo se aparece, y pregunta al inocente, medio accidentado del susto:—
¿Por qué despojas de su fruto al árbol?—

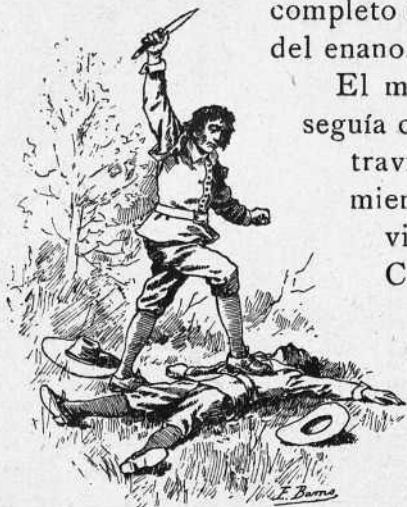
—¡Señor, perdóneme! No cogeré más; pero creí que no tendría dueño este árbol, y las cogía por si alguna de estas cerezas es la que dará salud al Rey.—

—Sí, hijo mío; una de ellas es; toma las tres de aquel ramo... ¡Así! ¡Toma ahora ésta, y guárdala bien, porque en ella llevas la fortuna!—

—¡Gracias, señor! ¡Os quiero mucho! Si

me dá algo el Príncipe, ya vendré á regalaros con ello!—

Y emprendió su camino alegre, llevando muy guardadita la cereza, después de contemplarla curioso sin poder descubrir en ella nada de particular; pero confiado por completo en las palabras del enano.



El mal hermano le seguía con la vista extraviada. ¡Pensamiento diabólico vino á su alma!

Corre, se arroja sobre él por detrás y le dá un fuerte golpe, que hizo caer desvanecido al inocente; tras lo

cual le puso un pié sobre el pecho, y sacó su navaja para matarlo. Pero al levantar la mano armada, vió ante él un ser extraño, mitad cabra mitad hombre.

—¡Es inútil, amigo mío, tu crimen! La fortuna que buscas no vendrá á tí si le matas! Esa cereza, en otras manos que las tuyas

inocentes, no tiene virtud alguna; sólo entregándola él puede curarse el Rey, y sólo él puede cambiar su suerte con la del Príncipe... Mas aún así lograrás tu intento si conmigo haces un trato: Ayudándote yo con mis advertencias y consejos, él será el príncipe en el nombre, pero tú serás quien en realidad disponga de todo. Y para obtener mi incondicional auxilio durante un plazo de tiempo largo, solo una cosa has de hacer: ¡Venderme el alma de tu hermano por ese tiempo; cinco años por ejemplo! Si aceptas el trato, aléjate en seguida luego de estos sitios para que él, al recobrar el sentido, no sospeche de tí siquiera. —

Demasiado comprendió el malvado que se las había con el Diabolo, no solo por el extraño tipo que ofrecía el aparecido, sino también porque á él invocó para realizar su mal pensamiento. Así es que dió entero crédito á sus palabras, y tras ligera reflexión dijo: —¡Sea tuya el alma de este chiquillo! ¡Supongo que no faltarás á tu compromiso!...—

Asegurándole fideiidad, por encanto desapareció el Diabolo; y huyó de aquellos sitios el malvado joven, y volvió en sí el pobre niño, no dándose cuenta de lo que á su lado

pasara. Se puso en marcha, llegó á palacio, dió su cereza al Príncipe, y al sentirla éste entre sus dedos la voz misteriosa le gritó en el alma: «¡Esa es! ¡Esa es!... Pero antes de aceptarla, échate bien tus cuentas: ese niño inocente ha sido traidoramente vendido al Diablo por cinco años; y como al recibir el fruto queda tu suerte cambiada con la suya—según tu promesa—si salvar quieres á tu padre, á disposición del Diablo estarás todo ese tiempo!»

Reflexionó seriamente el Príncipe (que el caso no era para otra cosa). Muy cristiano y muy amante de su padre, dudaba qué partido tomar; si rechazaba la prodigiosa cereza, segurísimo que su padre moría en breve; pero si por librarle de la muerte la aceptaba, el Diablo había de tenerlo por esclavo!... ¡Qué hacer, Dios mío?... Rezó mucho, se tranquilizó, y bien seguro de que Dios no le desampararía, quiso salvar al padre y realizó el heroico sacrificio. Tomó la cereza de manos del pequeño, á quien besó en la frente, y dijo: —¡Tuya es mi suerte!... ¡Ya eres príncipe real!... ¡Te ruego que reces mucho por mí!...—

Llevó la cereza al padre y se la hizo comer; el rey recobró su salud súbitamente y

por completo, y el Príncipe lloraba de alegría, dando gracias á Dios, abrazándole una y otra vez; y después de aquellos trasportes de gozo íntimo, y sin quererle decir nada de su noble sacrificio, fué á sus habitaciones y escribió conmovedora carta, dando orden á criado de confianza para que al día siguiente la entregara al rey su padre. Luego dijo al aldeanillo:

— A los cuidados leales de éste, que para mí fué siempre leal servidor, quedas entregado; y con encargo de que haga por tí cuanto por mí hizo siempre. Sé feliz, y encarecidamente te suplico que reces cada día mucho por mí, que bien voy á necesitar de tus inocentes y fervorosos ruegos!...—

El joven aldeanillo lloraba, repitiendo no quería perder á tan bueno y amable joven, ni que dejara de ser príncipe.—¡Yo no quiero más que algún cuarto para mis padres y hermano, y para regalar á un ancianito que me ha hecho mucho bien, señor!—

—¡Gracias, amigo mío: pero yo no puedo quebrantar mi palabra de honor, ni debo desmentir la noble sangre que por mis venas circula faltando así á un compromiso con Dios y con los hombres!—

Sigilosamente y disfrazado salió de pa-

lacio, y ya muy lejos atravesaba un bosque cuando se le apareció de repente el Diablo.

—Sabes ya, Príncipe, que me perteneces por 5 años. Si de tal tiempo escapas con vida y sin faltar á tus compromisos conmigo, recobrarás tu libertad completa; pero si mueres antes ó me faltas en algo, mío eres para la eternidad. —

—Sepamos tus exigencias.—

—Durante los cinco años, no has de pararte jamás sino el tiempo indispensable para comer y dormir, y esto lo harás siempre sólo; no has de cortar ni peinar tu pelo y barbas, ni cuidar las uñas, ni mudar el traje, que desde ahora será esas pieles de hiena que ahí ves; no intentarás ni aún por asomo ver á tu padre; por último, no has de rezar ni á Dios ni á la Virgen una sola vez!...—

Mucho le dieron que pensar tales condiciones; pero como de no aceptar tenía perdida su alma para siempre, lo mismo que le sucedería si faltaba á la palabra que se veía obligado á dar, pidiendo auxilios divinos de lo íntimo de su corazón, dijo:

—¡Aceptado! Hasta dentro de 5 años, que volveré á buscarte á este mismo sitio.—

Entre espesas nubes de polvo desapareció el Diablo, y entre las pieles de hiena el

cuerpo del Príncipe, que echó á andar para nunca más descansar por voluntad propia en tan larguísimo tiempo.

Mientras el cabello y barbas no crecieron mucho, aunque su extraño vestido le daba repugnante aspecto, fue menos mal la cosa: pagando espléndido en todas partes (pues sacó buena pre-
venda de oro de su casa), solía encontrar fácilmente adónde dormir y qué comer; pero luego, con lo crecido y muy revuelto de las barbas, y con el desmesurado
cabello sucio y las uñas crecidas y negras, su aspecto era horrible y daba miedo y asco á todos; por lo cual costábale gran trabajo ser recibido en parte alguna, durmiendo al sereno la mayor parte de las noches,



y comiendo sólo frutas silvestres muchos días...

Lejos de desesperarse por tales contra-tiempos, se decía humilde:—¡Todo sea por Dios, que vivió pobre y murió ignominiosamente por nuestros pecados! ¡No está mal que los grandes de la Tierra suframos estas miserias, porque es fácil caer en vanidad y soberbia cuando nacidos y criados somos en la abundancia y el alhago! ¡Yo me reconozco colérico, y ningún remedio para tal dolencia como éste que me aflije!...—

Sentía vivos deseos de rezar muchas veces al día, pero acordándose de su compromiso pensó mucho al principio antes de decidirse, hallando luego muy discreto modo de hacerlo sin caer en perdición: como el Diablo no metió en cuenta para eso del rezo á los Santos, y los tenía muy de su devoción, á ellos acudía en su aflicción; sobre todo á San Francisco de Asís, que voluntario y por piedad cambió su suerte de noble rico por la de mísero mendigante. Y además, socorrió á cuantos podía, rogándoles rezaran por él mucho: bien seguro de que las oraciones de alma agradecida llegan muy pronto al Cielo, al Eterno Padre.

Sin duda le protegió Dios, pues que en

tan largo tiempo de esclavitud forzada cerca del Diablo no le aconteció nada desagradable ni peligroso. ¿Cómo no, si además de su conducta, de sus buenas obras y súplicas, tenía en su abono el constante y desinteresado ruego del padre, y el inocente y ardientísimo del rústico jovencillo con quien cambió la suerte?

El padre, leyendo la carta al día siguiente de la desaparición, se entusiasmó por la nobleza y heroicidad que el sacrificio implicaba; pero le conmovió, le afligió en extremo las consecuencias funestísimas de su promesa pública, ya que según le decía en el escrito aquel niño estaba vendido al Diablo, sin que el interesado lo supiera; razón por la cual no podía él volver á palacio en muchos tiempos, siendo inútil hacerle buscar puesta que no se pertenecía ya. Y acababa la hermosa carta aquella de este modo:—Pero me voy firmemente persuadido de que seré socorrido por Dios, y de que así nada malo para mi alma sufriré; acaso algo bueno, pues Dios permite las cosas á que decimos *desgracias* para bien de nuestra alma, cuando se sabe sufrir haciendo frente al mal y resistiéndolo, ó acatándolo con resignación cuando él es imposible de vencer. Rogad

mucho por mí, y amad al jovenzuelo que me sustituye, siempre que lo merezca por su conducta y que recuerde á vuestro amantísimo hijo, que os besa la mano.—

Lloró el rey un día tras otro por su noble heredero, sacrificado así por salvarlo á él de muerte segura; pero sin embargo, tenía presentimiento de su dicha futura, de que el Demonio sería vencido en aquel negocio.

Y en cuanto á querer al pequeño nuevo príncipe no le costó trabajo alguno, pues hasta llegó á apasionarse por tan buenísimo muchacho; gozando éste mucho en el cariño del rey y en cuanto los hábiles maestros le enseñaban para ilustrarlo más y más. Su familia vivió en palacio, siendo bien considerados los padres; no así el malvado hermano, á quien tuvo que arrojar de la Corte el Rey, advertido que fué muchas veces de los perversos consejos que al nuevo príncipe daba á cada paso.

El virtuoso jóven recordaba á cada instante al príncipe, y con verdadero dolor le compadecía, rezando y llorando por él. ¡Seguro que sus puras oraciones fueron escuchadas! Cuando iba á gozar de algo extraordinario, era frecuente verle privarse de ello

al recordar las amarguras que sufriría el otro pobre, caminando sabe Dios por dónde y en qué condiciones.

Ambicioso en alto grado, vicioso el cruel hermano, venía en toda ocasión propicia para sacarle cuanto podía y sugerirle ideas y darle consejos perversos; no sirviendo para evitar ésto las muchísimas precauciones tomadas, pues por algo el enemigo malo le protegía durante aquellos cinco años. Por fortuna, su mayor afán era llevar oro, mucho oro; y mientras en tal cosa daba, bueno iba todo; pues el Rey era muy rico y tenía dotado espléndidamente al principillo, que vivía con modestia, dada su categoría; y en los casos en que, si no convencido, obligado por la maldad del infame, realizaba un hecho inconveniente, sabíalo disculpar el Rey por reflexión y por cariño.

Al fin el Príncipe ganó la partida al Diablo, viviendo los cinco años sin faltar á sus compromisos ni caer en tentación ni mucho menos en pecado, dominándose en sus arrebatos de ira, curándose de pequeñas pasiones y defectos...

Así es que, en el momento en que el plazo espiraba, lo encontró el Diablo en el sitio convenido, mucho más perfecto en su espí-

ritu de lo que antes era; por lo que consternado el infernal señor, mejor desesperado, dijo vatiendo sus negras alas: —¡Me venciste!... Ese Dios, á quien implorar puedes ya libremente, salvó tu alma de mi cautiverio. ¡Y cuenta que el otro fué también invencible!... ¡Mal negocio, si no fuera porque el hermano me pertenece por completo, desde el momento en que por robarle la cereza que á tu padre dió salud quiso matarle!...

—Echando llamaradas apestosas, y entre columnas de negro humo, desapareció el Diablo; y el Príncipe se vió por encanto privado del aspecto indecente y terrible que tenía; en el mismo estado distinguido como salió cinco años antes de su real palacio.

Lleno de reconocimiento, postróse y dió á Dios gracias muy fervientes por tales mercedes, encaminándose luego á buen paso á palacio y haciéndose anunciar en secreto á su joven sustituto, que no pudo contener ruidosa explosión de extraordinaria alegría cuando á su lado lo vió sano y salvo. Al padre le costó ligera enfermedad el infame gozo; y curado y avisado que fué por su hijo de la maldad del perverso aquél, lo hizo buscar y matar en secreto, bien seguro

de hacer con ello un bien grande á la Sociedad ya que la intentada conversi3n fué imposible.

Inútiles eran las súplicas y mandatos encaminados á que el virtuoso jovenzuelo conservara su puesto de honor en palacio, no convenciéndole el hecho de que el Príncipe jurara que aquel cambio de suerte con él lo hizo en su honrada conciencia por toda la vida. Y como por su parte el hijo del rey se resistiera tanto y más á variar de destino, uvo que intervenir el anciano en tan nobilísima contienda, adoptando por hijo al jovenzuelo y proclamando á ambos herederos del reino; á ambos, que vivieron amándose siempre como hermanos queridísimos.



EL PERDÓN

Murió un niño de once años, y cada noche luego, al dar las doce, entraba en el dormitorio de la madre, con el rostro amarillo cual la cera, el ensortijado cabello lustroso, cubierto su flacucho cuerpo con las propias ricas vestiduras que de mortaja le sirvieron.

Penetraba por la cerrada puerta, con paso reposado se adelantaba hacia la cama de su madre, subía á ella sin el menor esfuerzo (como sin esfuerzo atravesaba antes la puerta), y grave y tristísimo y humilde poníase de rodillas á los piés, miraba enajenado á la que el sér le dió para antes vivir en el Mundo, y abundantísimas lágrimas brotaban de sus ojos, de sus rasgados y negros ojos, mientras entrelazadas las manos, movía los labios y se marcaba en



sus facciones la expresión más clara de un deseo ardientísimo.

La madre no veía, no sentía materialmente nada de esto; pero cada noche despertaba sobresaltada en muy alto grado, asegurando que á su corazón llegaban á un tiempo tiernos sollozos lastimeros, cálidas lágrimas amorosas, súplicas humildísimas y vehementes... Por lo que muy emocionada pasaba ya en completa angustia el resto de las noches; haciéndola



prorumpir el sobresalto en terribles gritos de angustia, y quedando temblorosa ya en vigilia, muy abatida y postrada, profundamente conmovida, sin que pudiera conciliar el sueño apetecido, ni aún siquiera la tranquilidad de espíritu. Y como no podía explicar á nadie la causa oculta que motivaba todo aquel repetido acometimiento de dolor

supremo, porque ni ella misma se daba cuenta de él, el remediar tal mal no fué cosa fácil. Al principio tomóse el hecho por natural estado de excitación nerviosa en que la muerte de su hijito muy amado la dejara. Pasado algún tiempo se atribuyó á insomnios y pesadillas, sin encontrar explicación más satisfactoria. Y en tanto, fijo era: al dar las doce de cada noche, sobresalto, amarga pena, gran angustia, el corazón atormentado por lamentos y lágrimas y súplicas indefinidas... Y luego, imposibilidad de conciliar el sueño, ni aún el reposo.

El doctor llegó á temer que aquello fuera principio, origen, de mental desequilibrio; monomanía, locura... Y como no bastara al remedio del mal la aplicación de cuanto le indicara su obscura ciencia médica, así lo manifestó á la atribuladísima familia, ocultándose, naturalmente, aquella conclusión del doctor á la paciente.

Así iban las cosas cuando sucedió que un día, visitando á esta señora una muy amiga suya, madre de niño que lo fué así mismo del muerto, como la explicara su continua pesadilla de cada noche, he aquí la contestación que de tal amiga recibió:

—Pues sabe, querida mía, que mi hijo se empeña en que vió al tuyo tres noches seguidas en sueños, y con el índice le señalaba insistente su casa!—

— ¡Oh, gran Dios! ¡Qué sospecha tan grata!... ¡Si fuera él, mi adorado hijo quien!... ¡Querrás, —por favor te lo suplico—, hacerle venir á pasar aquí, á mi lado, esta noche?... ¡Por favor!... ¡Mira; junto á mi cama, en la del que fué su inseparable, se acostará! ¡Quién sabe!... La inocencia, en íntima relación constante con Dios, penetra hasta adonde á la Ciencia no le es dado aproximarse!—

El niño durmió allí aquella noche, junto á la señora desolada, en la propia cama de su amiguito del alma, que al dar las doce apareció como de costumbre; y ahora se fué directamente hacia el compañero, á quien despertó con un beso y sonrió luego melancólico, sin duda en agradecimiento. Después, como todas las noches, subiósse á la cama de su madre; y allí puesto de rodillas, cruzadas las manos, movió suavemente los labios, lloró con amargura, suplicó sin palabras... Y cual siempre la buena señora se despertó angustiosísima. Pero esta vez no gritó, sino que le dijo al pequeño de su amiga:

—¡Julián, querido Julián! ¿Has visto á mi hijito del alma!...—

—¡Sí! Y le estoy viendo ahora ante usted arrodillado, llorando y suplicando!—

—¡Hijo!... ¡Hijo del alma mía!... ¡Cuánto diera tu madre por poderte ver, abrazar y consolar!... ¡Qué tienes tu, hijito, que así en tormento estás?... Ya que le ves, Julián, ¿no podrías también oírle, hablarle, preguntarle!...—

El niño se levantó, fuese derecho hacia la visión amada, á ella se abrazó estrechamente, y con la pura alma, aún no manchada por el fango del pecado, preguntóle, confundiendo sus lágrimas con las del muerto... ¡Y obtuvo respuesta!... ¡Respuesta sorprendente!... No podía dor-



mir tranquilo el eterno sueño hasta que su madre le perdonara sus frecuentes arrebatos de ira que tanto habían minado la existencia de tan buena señora; porque, con ser muy buen hijo en todo lo demás, la soberbia le dominó... Por eso era el venir cada noche á su lado, el suplicarle en silencio. Y ella no pudo nunca verle ni oírle, porque en el fondo de su alma guardaba, sin sospecharlo siquiera, algo de la amargura grande que en vida le proporcionó la soberbia del amadísimo hijo, por eso mismo que con delirio le amaba.

Apenas sabida la causa que impedía el descanso eterno de aquella almita queridísima, se incorporó la bondadosa madre, tendió sus brazos con indescriptible expresión, como si aunque nada viera lo viera todo, y dijo arrebatada:

—¡Hijo, hijo de mis entrañas!...; Tu madre te perdona con toda el alma la falta de que te acusas, y para siempre y por completo ahuyenta de su pensamiento la amargura que ella le pudo producir!... ¡Y si aún, después de ésto, ves en mí corazón de madre amantísima algún rastro del pesar sentido en otros días por temor de una futura infelicidad para tí tal vez, pide á Dios que me lo arranque

del pecho inmediatamente y para siempre, por traidor á la voluntad mía!...—

Al acabar de pronunciar estas frases conmovedoras, tuvo la dicha de ver á su hijo, y verle sonriente, como henchido de felicidad celestial; y aún de abrazarlo, porque á ella se abalanzó dándole tierno beso ardoroso de despedida sempiterna. Lo mismo que al pequeño y fiel amigo, entre cuyos brazos se desvaneció, sin que jamás entre los vivos fuera de nuevo.



LA FELICIDAD INESPERADA

A la puerta de su mísera casucha, aislada en el campo, habíase sentado el viejecito para descansar de sus faenas. Una polvareda lejana, en el camino real, llamó su atención; siempre más cerca la nube de polvo, al fin descubre entre ella un carruaje, y más tarde ve con asombro la magnificencia del vehículo, de los soberbios caballos que lo arrastran, del gran señor que dentro de él venía.

Señor que descendió, se dirigió derechamente á la casita, y cuando el anciano le dijo humilde: —¡Puedo servirlo en algo, señor?— le contestó:

—Sí, amigo mío; en satisfacerme un capricho de rico: Me tienen lastimado el sentido del gusto mis cocineros, en fuerza de bien servirme, al extremo de no gozar apenas en la mesa; y pasando por aquí á mis negocios, ocurrióseme la idea de comer de

algún guisote vuestro, y en la forma en que lo coméis vosotros; á vuestra mesa rústica, con cuchara de madera, acompañados del perro que avisa prudente su presencia y su deseo de participar del banquete; con el gato, que para el mismo fin maulla y se refriega el cuerpo contra las piernas vuestras; con las gallinas que pisotean las migajas caídas...—

Bondadoso el matrimonio, dióse prisa á manifestar su contento por la honra que le dispensaba el señor aquel en su deseo; y ella se puso prontamente á preparar comida, y los dos hombres hablaron de cosechas hasta la hora en que el rústico banquete fué servido en gran cuenco de barro, hincadas en el guiso tres cucharas de madera. El anciano hechó su bendición, y desde entonces cada cual tomó su cucharada; asegurando el señor que hacía años no comía con tal apetito y gusto; y lo demostró bien por las sendas rebanadas que del gran pan de centeno cortaba. Tras de las patatas hubo sopa de leche y rica fruta; tan rica, que el señor quiso ver los árboles que la daban, para lo cual salieron al gran huerto que tras la casa había, y con cuyo cultivo se proporcionaban la subsistencia aquellos ancianos.

El viajero se admiraba de todo; el buen orden, el grande esmero en el cultivo...; andaba de un lado á otro cual niño curioso é inquieto, creciendo siempre su interés, haciendo mil preguntas.

El tiempo fué pasando, y al fin dijo el viajero:—¡ Me encanta todo ésto...! ¿Consentís en que pase aquí la noche? ¡tendría gran placer en ello!—

—Mucha honra será para nosotros; pero es fácil que no pueda dormir, pues sólo podemos proporcionarle colchones de borra, sábanas gordas y morenas...—

—¡ Nada, nada! ¡ Me quedo!... Aquí todo respira limpieza, tranquilidad y bondad de espíritu, y esto basta y sobra. Voy á dar órdenes á mis criados.—

Se metió en el coche, tomó unos libros y útiles para escribir, conferenció un largo rato con un su sirviente que á caballo vino tras el coche, y acabó diciéndole:—Ya sabes: dentro de quince días, y cueste lo que cueste. Entérala bien; dáles muchos besos, y ven sin falta mañana á estas horas.—

El coche partió, y el viajero volvió cerca de los ancianos, colocando sus libros y papeles en la única habitación que se le pudo dar, en donde la buena anciana extendió y

arregló con todo esmero una cama, y de donde quiso sacar manzanas que tenía tendidas sobre paja.—¡No; dejadlas ahí: me es muy grato ese olorcillo!—Por mesa tuvo un alto arcón; por silla, rústico banquillo. Y cuando estuvo solo, besó emocionado el tapete rojo con faralares blancos, muy lavados y planchados, que cubría el arcón; se asomó á la ventana que daba al huerto y contempló entusiasmado la campiña, viendo desaparecer el Sol tras los últimos términos del paisaje, mientras dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

La conversación, durante la cena, fué animada. —¡No tenéis á nadie que os ayude en vuestras faenas?— preguntó el viajero. —¡Á nadie, señor!...— dijo con desconsuelo el anciano, mientras su mujer suspiraba hondamente. —Tuvimos un hijo... —¡Y murió acaso! —No sabemos, señor. Muy travieso desde pequeñuelo, ya mayorcito fué voluntarioso, dominador... ¡de mala sangre para sus pobres padres! Cuando tratábamos de castigarle, nos amenazaba con escaparse; y nosotros, por debilidad y miedo á su colérico genio, le consentíamos; hasta que un día, apenas había cumplido sus doce años, desapareció de casa sin que hayamos podido

saber de él, á pesar de nuestros grandes esfuerzos por descubrir su paradero... ¡Esta es la única pena que nos aflige! ¡Pero pena muy grande señor, que nos destroza el alma!...—

—Soy madre, y una madre desea ante todo la vida de sus hijos. ¡Pero creedme!: muy dichosa fuera sabiendo que murió, si murió honrado! ¡La idea de que puede vivir deshonrado, me atormenta mucho!...—

—¿Y por qué pensar siempre lo peor? ¡Bien pudo arrepentirse! ¡Bien puede ser bueno y vivir feliz!—

—¡Dios lo quiera!—

El viajero aseguró por la mañana á los ancianos que había dormido muy bien; y que se encontraba tan á gusto que, á consentirlos ellos, pensaba permanecer allí unos días... ¡Cómo no habían de consentirlo? ¡Con mil amores!.....

Cuando á la caída de la tarde llegó el fiel criado, habló largo rato con su señor, que le hizo muchas indicaciones en voz muy baja, señalando al campo desde la ventana. Le entregó largo escrito, y explicó bien un plano; le repitió las palabras de despedida y la orden expresa del día anterior; y después, en voz alta, mientras bajaban la escalera, le

dijo: —A estas horas, vuelve cada día de los que aquí permanezca, y trae como hoy lo has hecho algún fiambre que nos sirva de postre.—

Al día siguiente empleó la mañana el viejo labriego en abrir algunos hoyos en el suelo del huerto, con el objeto de plantar frutales nuevos. El viajero lo acompañaba, lo seguía de un lado á otro, y quejándose del excesivo calor y de su poca costumbre de recibir el sol de quieto, dijo: —Soy por naturaleza caprichoso, buen anciano, y se me está antojando poner un gran lienzo con estacas sobre la tapia del huerto para que nos dé sombra; así realizaré mi placer de estar todo el día á vuestro lado.—

Rarísima le pareció la idea al anciano, pero se guardó su pensamiento y enteró al criado del señor, cuando por la tarde vino, de adónde se podían tomar buenos varaes; al día próximo se alzaba ya sobre las tapias del huerto gran pantalla de lienzo, con regocijo del viajero que advirtió á su sirviente en secreto: —Ahora, que todo se active; mientras del lado acá de la loma vivimos sin agitaciones, que del lado allá de ella se todo actividad, trabajo, movimiento, sobre todo en las noches. Ofrece y paga cuatro

veces más jornal al que todo lo haga en el mayor silencio, y amenaza y cumple no pagar á quien produzca ruidos alarmantes.

Cuando el labriego plantó sus árboles, el viajero observó con gran atención; y viéndolo introducir las raíces en el hoyo abierto, sostenerlos rectos con la mano izquierda, echar tierra hasta cubrir, apisonar en derredor, hincar luego fuerte estaca al lado, y atar á ella la planta, como niño curioso y poco reflexivo dijo:—¿Para qué eso?—

— Porque crezca derecho el arbolillo, señor; que si así no lo hiciere y se inclinara el tronco, en vano querría luego vencerlo más tarde. Mirad aquel peral del rincón: le descuidé, salió vicioso, y rastrero vive y morirá.—

—¿Así es ciertamente, buen amigo!..... Pues aplicaz vuestra reflexión á la naturaleza humana: descuidado el hombre cuando niño, ¡qué extraño si vicioso por naturaleza se malea más y más!...—

—¡Señor! Es el gran tormento que me quita el reposo, cuando pienso en mi hijo. Único, listo, guapo, lo mimamos demasiado, nos parecía todo poco para complacerlo, y creció así sin sujeción alguna, temerosos de contrariarle. ¡Quién sabe! Bien dirigido,

obligado, acaso fuera hoy nuestro consuelo. ¡Todo placer me quita el temor de que haya ido en aumento su maldad, si vive!...—

—¡Quién sabe! ¡Marchó de doce años, y esa edad es aún muy buena para conducir al bien! La propia necesidad de buscarse la vida, los nobles sentimientos heredados, el



dolor de verse sólo en el mundo por su culpa, le habrán hecho virtuoso acaso. Es probable que aquellos disgustos no fueran por mal instinto, sino hijos de vuestra excesiva blandura para tratarlo!...—

—¡El Cielo os escuche, señor!—

Los días fueron pasando, y mientras en la

casita de labranza y su huerto se hacía la ordinaria vida tranquila, un poco más lejos, tras la pequeña loma que á espaldas del huerto hacía el terreno, reinaba gran animación, movimiento, actividad febril, en cuanto la noche cerraba por completo. En el silencio mayor posible, llegaban carretas cargadas de piedra ya tallada, de ladrillos y tejas, de maderas preparadas, de puertas y ventanas y herraje... Y los obreros ponían gran empeño en construir sin ruido, sustituyendo los clavos por tornillos al armar. Y hábiles jardineros y decoradores y mueblistas trabajaban con actividad grande por su parte.

El trabajo fuerte era sólo en las horas en que dormían los ancianos, interrumpiéndose á la venida del alba, y todo se hacía en silencio; algunas mañanas decían aquellos labriegos que les pareció oír ruidos extraños en la noche; pero nada sospecharon de la realidad. Cuando la anciana tenía precisión de salir al pueblo próximo á sus compras, el viajero se daba buena prisa para mandar á su criado, pretextando no quería se molestara ni lo privara así de su compañía, que tan grata le era.

Todo ya corriente, cuando tal noticia re-

cibió el señor (que á diario se enteraba bien de las operaciones ejecutadas) dijo al matrimonio en la mañana:—Deseo que nuestra comida se haga hoy con más reposo, pues celebro gran acontecimiento de mi vida; por eso vino este otro criado, que nos guisará y preparará todo.—

Durante el largo tiempo que permanecieron en la cocina comiendo, todo se preparó convenientemente. Un silbido agudo cruzó el espacio; miráronse con extrañeza los ancianos, pero el viajero, que impaciente ya aguardaba la señal convenida, se levantó sonriente, henchido de felicidad, y dijo:— ¡Mis buenos ancianos: ese silbido anunció un cambio radical de vida para los tres! ¡Seguidme!...—

Al penetrar en el huerto, el matrimonio se quedó asombrado: El gran telón había desaparecido; en la tapia del fondo se abría una puerta, adornada con ramaje y flores; desde la puerta se extendía un cómodo camino hasta la altura de la loma próxima, y cuando llegaron allá, al otro lado de ella, vieron encantadora casa de campo de un piso, rodeada de jardín improvisado que cerraba linda verja de hierro.

La emoción profunda no les dejaba hablar;

lo miraban todo con extrañeza, no queriendo dar crédito á sus ojos. Al fin, conducidos por el señor, atravesaron la verja y el jardín, penetrando en la casa. Las habitaciones eran á cual más lindas y bien alhajadas. Llegando á la sala mejor decorada, el viajero los hizo asomar al mirador pa-



ra que desde él contemplaran su antigua casa (á unos 500 metros de distancia); su huerto y el camino que habían traído. Al final de un pasillo, llegaron á otra sala, desde cuyo balcón vieron gran corral de labranza, con doce criados, ocho pares de bueyes, cuatro carretas, un buen caballo, muchos utensilios de la mejor calidad...

Entonces, por extremo emocionado, el viajero dijo:—¡Muchachos! Tengo el gusto de presentaros á vuestros amos, á los dueños de esta casa y de todas esas tierras que hasta la margen del río se extienden, y que espero cultivaréis con esmero. ¡Además, tengo la inmensa felicidad, la honra, el orgullo, de abrazar ante vosotros á mis queridísimos padres!...—

Los ancianos no acertaban á decir palabra; lloraban, se dejaban abrazar, hasta que ya en la sala grande otra vez, la madre dijo:— ¡Hijo querido! Mi corazón de madre te descubrió pronto. Pero no pudiendo contar con la seguridad absoluta, dejé venir los acontecimientos por temor á un desengaño que me hubiera costado la vida. Por lo mismo, no comuniqué á tu padre mis sospechas.—

—¡Pues yo fuí más torpe! ¡Le amaba, pero sin reconocerlo!—

—¡Los hombres sentís de otro modo!...
Pero hijo mío, ¿cómo!...—

—Ya hablaremos después, querida madre.
¡Ahora, completemos el cuadro de nuestra
felicidad! presente y venidera!—Se aproximó
á una puerta, y golpeó en ella ligeramente.
Se abre de pronto, y un muchachuelo fresco,
bonito, como de ocho años, corrió con los
brazos tendidos hacia los aturdidos viejos
diciendo:

—¡Abuelitos! ¡Cuántas ganas tenía de que
papá me dejara abrazaros! ¡Os quiero mu-
cho!...—

Tras él había salido noble y hermosa
dama con una pequeñuela vergonzosilla-
mente escondida á medias entre las faldas
maternales. La buena señora dió grandes
muestras de verdadero cariño á sus suegros.

Cuando ya pasado aquel día de profundas
emociones vino el natural reposo de espí-
ritu, el hijo contó á los padres cómo vién-
dose en tierras desconocidas tuvo que ga-
narse la subsistencia de modo siempre hon-
rado, costándole graves disgustos su carácter
impetuoso y díscolo. Siempre con el re-
cuerdo íntimo de sus padres; él se hubiera
vuelto en muchas ocasiones con ellos; pero
el temor de ser castigado cual merecía, y

una no sabía él explicarse qué extraña fascinación fuerte por cruzar el Océano, le impulsaron á presentarse como sirviente en casa de unos señores que marchaban á Buenos Aires. Riquísimos, con hija única de ocho años á quien amaban tiernamente, para que la cuidara y acompañara en sus juegos lo tomaron. Cada vez más aficionada á su trato y compañía, la niña creció, demostrando hacia él vivísimo interés. A su lado, por sus virtudes y talento, participando siempre de la brillante educación é instrucción que le fué dada, llegó á ser otro niño mimado en la casa. Cuando los padres notaron que la simpatía engendró amistad y la amistad á su vez amor, le prometieron la mano de su hija y le asociaron á sus negocios. Así, á su mujer debía corrección, educación, fortuna, cuanto era. Quiso siempre mandar á sus padres, escribirles; pero la noble y constante idea de sorprenderlos con su venida le contuvo, y se conformó con saber de ellos muy frecuentemente, por medios indirectos. Su mujer mostró siempre particular empeño por venir á conocer á los suegros, pero no se atrevían á proponer á los padres una separación. Al fin se acordó ir realizando la cuantiosa fortuna que po-

señan, y venirse luego unidos á la patria querida.

En ciudad próxima vivían los suegros, en magnífico palacio; y el joven matrimonio lo hizo á temporadas con unos y otros abuelos. Nada hay qué decir de que todos fueron muy felices, como se lo merecían por sus virtudes; que los ancianos no trabajaron ya sino en dirigir su importante labranza; que el nietezuelo fué el encanto del rústico abuelo, así como la nena el de la abuelita.



LOS PENSAMIENTOS

Pues señor: Dos eran, dos, las hijas de un trabajador pobrecillo que con su mujer y ellas vivía en las lindes de gran bosque espesísimo; y vivía allí porque allí tenía su jornal asegurado, jornal que apenas les alcanzaba para mal comer.

Las distancias eran largas, y los días del invierno son muy cortos; así es que durante ellos fué preciso llevar la comida al padre, cosa que hacía la madre ó la hermana mayor.

Una noche en que su mujer estaba enferma, dijo el padre á la tal hija:

—Mañana, tu hermanita queda en casa, y tú me llevas la comida; pero anda con cuidado, que ya trabajo en sitio muy distinto del de esta temporada, y difícil de encontrar, si no te fijas bien en lo que te digo: sigue la senda de antes, y cuando llegues al cruce del álamo viejo repara en un papel



que engancharé en el mismo; sigue la dirección que él te indique hasta encontrar en otro cruce que hallarás nuevo papel indicador del camino. Entonces, marcha ya sin miedo, que derechamente lle-

garás allá; y contestaré cuando me llames, pues desde tal punto puedo oírte.—

La jovencilla emprendió al día siguiente su camino, y como era muy distraída fué pensando en todo menos en las claras advertencias del padre sobre el camino que había de seguir; así es que, internada en el bosque, ninguna señal encontró cuando quiso recordar; y anduvo, anduvo, cada vez más extraviada, sin que el padre respondiera á sus voces.

La preocupó su extravío, pero sólo por los daños que ella pudiera sufrir con ello; que ni la idea de su madre enferma ni la de su padre rendido de fatiga y hambre, impaciente por su tardanza, le asaltaron. Cuando sintió apetito, del césped hizo mantel y de la paternal comida banquete, descansando gran rato á la fresca sombra.

La tarde declinaba; y ya en marcha de nuevo, fué en vano el buscar indicio alguno que la hiciera avanzar ó retroceder con éxito, no contestando nadie á sus gritos; por lo cual no sabía qué hacer, ya atemorizada, yendo el espanto en aumento; pues como todo el que piensa demasiado en sí mismo, era muy miedosa nuestra joven.

Por esto, cerrando ya la noche, se dejó

dominar por la desesperación: los silbidos del aire en la espesura, crefalos de serpientes que se confundían con ahullidos de lobos, rugidos de leones y hasta con el característico chillar de las brujas..... Y por doquier veía lo que no existía, pensando mucho en los diablos y figurándosele cada tronco retorcido uno, que con su tridente la ensartaba para arrojarla en las calderas de pez hirviendo..... ¡Dios mío, qué fantasmas engendra el miedo, y qué miedosos son los que no obran ni piensan bien.

¡Horrorosas horas!.....

La obscuridad era completa, pero divisó al fin una luz lejana, y animada por tal causa aceleró la marcha, pensando era aquello seguro indicio de vivienda humana; pero se desalentó y penó mucho cuando, al llegar á un sitio despejado de arboleda, vió que la luz venía de un foco luminoso puesto en el suelo. Pasado el mortal desaliento, se aproxima asombrada y vivamente retrocede con terror grande: ¡La luz se movía, caminaba lentamente!..... Era un animal cuadrúpedo, extrañísimo, que despedía fuerte fosforescencia, y que dijo con natural tono sencillo:

«¡Di lo que prefieres!

¡Se te dará lo que pidieres!»

—¡Quiero un sitio para refugiarme y huir de tí, bicho ásqueroso.—

En cuanto expresó su voluntad, encontróse instalada en espaciosa cueva, con fuego para calentarse, con paja para descansar sobre ella, con pan y agua abundantes. Iluminado y limpio, aquel lugar de refugio adonde ningún ruido llegaba la tranquilizó; pero ni aún en la tranquilidad apetecida pensó en su padre, en su madre, en su hermana. Su pensamiento se reconcentraba en sí misma, cual siempre!

Un corderillo blanco vino de un rincón adonde estaba echado, y aproximándosele intentó varias veces acariciarla á su modo, siendo bruscamente rechazado siempre. Se calentó, comió y bebió sin hacer el menor caso de las claras señales que el borreguillo daba de quererla acompañar en su frugal cena; y al fin se tumbó sobre la paja con intenciones de dormir tranquila, aunque pensaba en que la cama era demasiado dura.

El borrego la observaba bien y, como si adivinara su pensamiento, díjole:

«¡Estás contenta así?...

¡O tienes algo que pedir?»

—Sí: quiero una cama más blanda en una habitación más decente.—

En cuanto manifestó así su deseo, lo vió realizado: se halló en cama blanda y decente, así como bonita y aseada era la habitación en que la cama estaba.

La curiosidad la hizo saltar del lecho y abrir la puerta de salida, y tras ella otra y otra: estaba en una casita de campo muy linda y arreglada, pero por completo deshabitada, al parecer.

Se acostó; y cuando se disponía á dormir á pierna suelta, un bonito perrillo cuya presencia no había advertido antes trató en vano de echarse allí al lado, pues ella lo rechazaba brutalmente.

Pero no por eso pudo conciliar el sueño; ni tampoco se lo quitó el deseo de encaminar á Dios el pensamiento, ni la idea de sus buenos padres y hermana: no dormía sencillamente porque su fantasía le decía que del propio fácil modo misterioso que le fué dado todo aquello podría tener por suyo un palacio con sus servidores, riqueza y lujo. El perrillo, que la miraba fijamente, dijo:

«¿Estás bien así!

¡O tienes algo que pedir?»

—Sí: ¡Quiero un palacio con muchos servidores, con mucho lujo, con muchas riquezas y fiestas!—...

En cuanto hubo manifestado así su deseo, encontróse en magnífico salón, tapizado de damasco, cubierto el suelo por riquísimas alfombras, de hermoso artesonado el techo y con los muebles de palosanto; y en lindísimas vitrinas y sobre artísticas mesas, figurillas y joyas caprichosas; y la cama sobre que reposaba, de lo más cómodo y bello que se pudiera imaginar.

Un hermoso gato de Angora trataba de rozar suavemente con su gran cola y robusto lomo la mano que extendida fuera de la ropa tenía la joven; pero fué sacudido por ella con harta brusquedad siempre que lo intentó.

La vanidad le llenaba de tal modo el alma, que para nada más tuvo un sólo pensamiento. Y viendo en un mueble próximo á la cama magníficos vestidos, y sobre el tocador joyas riquísimas, alargó la mano hacia los primeros con intención de vestírselos. Entonces el gato, que no le perdía ojo, se expresó así:

—Ten muy en cuenta que aunque fuera de esta habitación verás que todos te sirven, aquí dentro has de ser tú sola la que hagas impieza, te asistas y nos cuides á nosotros.—

Entonces vió junto al gato el cordero de la cueva y el perrillo de la casita. Extrañóla



mucho esta aparición, pero pronto volvió á absorberla por completo la idea de loca presuntuosa vanidad; y así, vistiose coquetamente, se miró al clarísimo espejo del tocador, prendióse amontonando joyas, como mejor le pareció que convenía á su

persona, y satisfecha de sí misma pensó: ¡No me creí tan guapa, ni jamás soñé conque pudiera verme tan ricamente ataviada! ¡Soy digna de un príncipe!.....

Apenas formuló su pensamiento, cuando con gran recato se oyó llamar á la puerta, y decir con delicadísimo timbre de voz á noble dama que asomó discretamente la cabeza: —¡Gran señora, el príncipe, á quien Dios quiera guardarnos, os espera ya impaciente! ¡Cuán seductora estáis así!.....

Llena de estúpido orgullo, contoneóse la joven como pavo real; y saliendo presurosa, se dejó conducir por la dama, quien la llevó á salón esplendoroso, como creado por fantasía calenturienta. Un joven elegantísimo, rodeado de muy distinguida y numerosa concurrencia que le hacían la corte, salióle al encuentro; y tomándole una mano, la presentó con seductora gracia y gran contento á la muchedumbre cortesana, que en respetuosa y gallarda apostura recibió la presentación oficial que su príncipe les hacía en la persona de *su futura esposa, del real albedrío soberana ya*. (Fueron sus propias palabras.)

Sólo en su suerte pensó la vanidosa doncella en aquel día de mágico enveleso, en

que cogida del brazo del príncipe recorrió el regio alcázar, admirando las riquezas incalculables que atesoraba; y comió, y paseó, y jugó, y cazó..., siendo en todo colmada de satisfacciones y galanteos de unos y otros.

Al fin de la fiesta, después del baile en que fué ella admirada en alto grado por la maravillosa danza que ejecutó, con los más reposados, discretos y majestuosos movimientos (y escusado es decir que jamás vió ella cosa parecida), el príncipe la despidió diciendo emocionado:

—¡Adiós, seductora criatura, que encantas ya mi existencia! Hasta mañana en que espero poder decirte para siempre, con muy grande satisfacción y amor: «¡Querida esposa mía!....»

La dama que antes fuera á buscarla á su habitación, le tomó una mano y la condujo allá de nuevo silenciosamente. A la puerta, tras respetuosa genuflexión, díjole en tono grave: —Gran señora: No olvidéis que si fuera de esa pieza somos todos humildísimos servidores vuestros, dentro de ella os habéis de arreglar sola, y aún asistir á los animalitos que os acompañarán.—

Se abrió y cerró tras ella la puerta como por encanto; y allí dentro quedó, llena su

fantasía de mundanales ideas vanas, sin un pensamiento para Dios, para sus padres y hermana, para nada de cuanto fuera ajeno á las grandezas de aquella encantada mansión y á la envidiable suerte que la esperaba sin duda alguna.

El cordero, el gato y el perro, se aproximaron tratando de saludarla á su modo; pero fueron cual siempre bruscamente rechazados; y quitándose las joyas se disponía á desnudarse, impaciente por fantasear á su gusto ya acostada, cuando el corderillo le dijo en tono grave:

—Una mujer de su casa, acendosa y limpia, jamás se acuesta sin arreglar sus cosas; mira los muebles, las joyas, las ropas..... ¡Todo en desorden grande!—

Miró. Era cierto, pero no tuvo fuerza de voluntad para seguir el buen consejo, y se dispuso de nuevo á acostarse sin hacer caso. Entonces el perro dijo:

—Una mujer cuidadosa, jamás se acuesta en cama sin hacer; y la tuya está como la dejaste al levantarte esta mañana.—

Era cierto, é intenciones le dieron de arreglarla un poco para dormir más cómodamente; pero aún con esta idea regalona la dominó la pereza y el vehementísimo

deseo de recordar á gusto y fantasear proyectando. Así, una tercera vez quiso desnudarse; y entonces el gato díjole:

—Por nosotros tienes cuanto posees, y una persona agradecida no desatiende á quien le hizo bien: debes darnos de comer; y todo lo preciso para ello lo hallarás al final de aquella galería, que es muy corta.—

Comprendiendo la razón de cuanto le dijo el animalito, intenciones tuvo de complacerlo; pero el egoísmo, la pereza, el orgullo, la hicieron desistir de su propósito.

—¡Esperad hasta mañana, bichos exigentes, y ya daré orden de que os cuiden bien. ¿Ó pretendéis, estúpidos, que os alimente por su propia mano la futura Princesa?—

Los animales desaparecieron entonces, y todo quedó en el más profundo silencio. Ella, acostada y entregada á sus ideas vanidosas, tardó mucho tiempo en dormirse.

Dormida al fin, cuando despertó le pareció sentir demasiado fresco... Motivos le sobraban; pues en lugar de encontrarse en la soberana cama en donde se acostó, amaneció tendida en el suelo, en medio del bosque adonde se perdiera, con sus humildísimos vestidos de campesina... destruidos por el uso!...

El desengaño, la pena, la desesperación, fueron grandes!... Y el susto mayúsculo, cuando al incorporarse oyó cerca, muy cerca, un rugido espantoso, un aullido aterrador, un formidable bufido... Junto á ella se veían enorme tigre, lobo carnicero, búfalo temible, que le dijeron:

—¡Míranos bien!... Reconoce en nosotros al gato, al perro y al corderillo que despreciaste y abandonaste, debiéndonos tanto. Lo que no se hace de buen grado, hay que hacerlo por fuerza, si es preciso; seremos tu castigo, porque nos has de cuidar toda la vida en estas soledades, en donde para siempre vivirás sin que nadie te ampare, completamente ignorada de los hombres!... ¡Y ay de tí, el día que nos faltes en la menor cosa!...



¡Nadie más supo de la desgraciada, que obligada á miserable vida en tal soledad se vió así largos años!...

Y en otra ocasión precisa, un día la madre afligida tuvo que mandar á la más pequeña, al bosque, con la comida para el padre que le había dicho: —Hija querida: sigue por toda senda al principio de la cual encuentres

una rama tirada; pues yo las arrancaré y arrojaré ahora al irme, y así no te extraviarás como tu infeliz hermana.

La niña pudo orientarse muy bien hasta penetrar en lo más espeso del bosque; pero hubo un momento en que dudó ya, otro en que se desconcertó, otro en fin en que se halló perdida..... Y afligida caminó desde entonces llamando á gritos á su padre y escuchando el menor ruido por si fuera que respondía á sus llamamientos persistentes; pensando siempre si podría volver atrás con probabilidades de llegar hasta su casa.

Rendida de fatiga se dejó caer unos instantes sobre el verde. El hambre la atormentaba, y por instinto echó mano á la cesta; pero en seguida se dijo: —¡No! Dios querrá que encuentre á mi padre, y buenas ganas tendrá ya de comer, el pobre.—

Así, se conformó con un pedazo de pan y emprendió de nuevo la marcha á la aventura, cada vez más triste y pensando siempre en la gran fatiga que su pobre padre encontraría en el trabajo, falto de alimento como estaba; y en lo mucho que le atormentaría la idea de si se podría ella haber extraviado como la hermana.

La esperanza y el deseo la alentaban, y

anduvo, anduvo por sí al fin daba con él; pero cada vez más emboscada y extraviada, la noche llegó sin que viera su constante y único deseo realizado. Y todo fué envuelto por las sombras, y todo fué así medroso, con ruidos que ponían espanto; pero como no pensaba demasiado en sí misma, no era gran cosa su temor. Su pensamiento lo tenía puesto especialmente en Dios y en la Virgen, de quienes imploraba misericordia; y en sus padres y en su hermana. Y cuando la acudía á la imaginación el fantasma de la muerte (porque el natural recelo de encontrarse sola en tales sitios y á tales horas le embargara el ánimo), poníasele delante de ella la imágen de María con su soberana corte de ángeles, y se sonreía plácidamente.

Así marchó aún mucho tiempo, hasta distinguir lejana luz. Se dirigió siempre en aquella dirección, con la esperanza de encontrar refugio; pero al llegar cerca vió que se movía de un punto á otro, y que era un extraño animal (el mismo animal fosforescente que su hermana viera).

—¡Qué maravillas hace Dios!...— pensó al contemplarlo.

Y, por su parte, el luminoso cuadrúpedo le dijo:

«¡Dí lo que prefieres!

¡Se te dará lo que pidieres!»

—Mi querido animalito: yo prefiero siempre aquello que más convenga á la salvación de mi alma.—

Apenas hubo acabado de expresarse así la niña, cuando se encontró en la regia habitación del encantador palacio que conocemos ya, y ocupando la propia y suntuosa cama en que su hermana mayor fantaseara tanto.

El gato de Angora rozó suavemente la mano que tenía tendida fuera del regazo, y ella se apresuró á acariciarlo mientras miraba por todas partes, más que asombrada extrañada en grande. Y al fin, dió así expresión á sus pensamientos:

—¡Yo no debo estar bien despierta!.... ¿A qué santo había de encontrarme en tan lujosa sala?... Yo dije al animalito que deseaba siempre lo que conviniese más á la salvación de mi alma, porque así me lo enseñaron mi buena madre y mi querida maestra; y el lujo dicen que pierde á muchos buenos!... ¡Dios mío! ¡Si convendrá esto á la salvación de mi alma!.....—

Pero pronto, pasada esta primera impresión, se mostró indiferente á cuanto veían

sus ojos para pensar en Dios, en sus padres, en su hermana.

El gato le dijo, cuando más abstraída estaba en sus meditaciones y como respondiendo á ellas:

—Tranquilízate, sí; que al que piensa bien, no le acontece ningún mal. Estás en un palacio real, y cuanto te pase aquí será para tu felicidad y para la de aquellas personas en quienes piensas. Fuera de esta pieza, todos te servirán; déjate servir; pero aquí adentro, tú sólo has de hacer la limpieza, del cuarto y de tu persona. Ahí tienes ricos vestidos y valiosas joyas; elige lo que quieras y vístete, que pronto vendrán á buscarte.—

—Está bien, mi querido gatito; me guiaré por tus cariñosas advertencias, que te agradezco mucho. Ahora voy á ponerme primero mis ropas para aviar algo ésto.—

Levantó su cama, limpió el polvo de los muebles, ordenó todo.....; y antes le había dicho al gato: —Quiero darte de comer, y lo haré con mucho gusto si me dices adónde encontraré comida para tí.—

—No te molestes, que con la buena voluntad basta... ¡Mira!—

La niña vió aparecer junto al gato una fuente con la más suculenta comida en

que soñar pudiera el más remilgado minino.

Eligió el traje que le pareció más modesto; y sin preocuparse de las muchas joyas que cubrían el mármol del tocador, púsose al pelo diminuta rosa. ¡Qué hermosísima estaba así!... Pero ella no lo había reparado, ni se detuvo ante el espejo para interrogarlo mientras se ataviaba, ni aún después de vestida.

Apenas había concluido, cuando golpearon suavemente á la puerta y se oyó decir:

—¡Gran señora, el Príncipe os espera!—

Sobresaltada miró al gato, lo acarició, y dijo bajito: —¿A mí, rústica aldeana, esperarme un príncipe? ¡Sueño, gatito?—

—No. Has oído bien. —

—¿Debo ir allá?—

—Sí. Adonde te lleve la dama.—

—Pero estoy muy triste; nada me podrá alegrar, y ese príncipe se enfadará conmigo. Además, haré un malísimo papel á su lado.—

—Ve tranquila, que todo es para tu bien.—

Ya entonces abre la puerta, y la misma discreta dama que condujo á su hermana á la presencia del Príncipe le dió á ella la mano, no sin antes decirle, asombrada á su presencia: —Feliz quien por esposa os tenga!..... ¡Qué hermosa es la sencillez, la

humildad, el aroma de la inocencia, la paz del alma, la voz del corazón, el bien pensar y obrar!...—



Humilde, y acobardada y triste, hizo su entrada en el salón regio; adonde al verla se oyó general murmullo de admiración profunda. El Príncipe, temeroso de emoción, le tomó una mano para hacer la presentación oficial como futura esposa suya.

El día y parte de la noche corrió en la misma forma en que lo pasara antes su hermana; y cuando muy bajito le decía el Príncipe: —¿Qué tienes, hermosísima paloma!—, le contestaba ella discreta, suplicante y digna: —¡Señor, no os enojéis! Siento disgustaros, pero no puedo dominar mis tristes pensamientos!—

Cuando tan espléndidamente comía, se acordó mucho del gatito. ¡Bien quisiera ella poder ir á asistirlo!... Entonces se le apareció sobre la falda, y le dijo, desapareciendo luego en seguida:—Gracias. No te preocupes más de mí, que engordo con tu buena idea.—

Su natural modestia y la completa falta de costumbre, le hicieron tratar de no significarse en nada; y sin embargo, arrebató á todos en la mesa, en el paseo, en los juegos, en la caza, en el baile....., por la singular gentileza y exquisito buen tono de que dió claras señales.

Cuando terminado el baile, se le aproximó la dama para acompañarla hasta su habitación, el Príncipe dijo emocionado:

—¡Adiós, encanto mío!.... El Cielo te conserve esta noche tan pura de pensamiento como ahora, y que me vea yo honrado luego con tu blanca mano!—

Ya en su habitación, lo primero que hizo fué acariciar al gato, que le salió al encuentro, llorando en silencio por sus padres y hermana. —¿Los veré pronto?— se preguntó con el pensamiento. Y entonces el gato, respondiendo nuevamente á él, dijo: —Sí, los verás pronto; pero descansa, que lo necesitas.—

—Antes quiero darte de comer. ¿Dónde hallaré qué darte?—

Y de nuevo vió entonces ante ella buen alimento abundante, que puso al gato. Se despojó luego de sus galas, arregló todo cuidadosamente, rezó con devoción, (rogando antes por los suyos que por ella); y el alma tranquila aunque apenada, sin pensamientos pecaminosos, quedóse dormida como un ángel.

Al despertar miró en derredor; se encontraba entre paredes blancas de habitación pequeña, acostada en modesta cama limpia y blanca, hasta la cual penetraban los rayos del Sol por ventana que daba al campo; lleno su alféizar de tiestos con claveles y rosas, y entre las flores una jaula con alegre jilguero cantador.

Animósele el semblante al contemplar todo aquello, y el gato vino entonces á aca-

riciarla, diciendo: —¡Qué! ¡No echas de menos el palacio?—

—No, mi querido amiguito. Allí no me movía con libertad; me resultaba triste, sin saber por qué, todo aquello. ¡Esto es más alegre, más parecido á la habitación de mis padres!... ¿Pero cómo hemos cambiado así!... ¿Y el Príncipe?—

—Es que para acercarnos á tu familia se precisa abandonarlo todo; el palacio, el matrimonio prometido!...—

—¡Muy bien! ¡Muy bien!... Lo que ambiciono es verlos y vivir con ellos. ¿Podré pronto abrazarlos?—

—Sí; muy pronto.—

Se vistió en seguida, rezó con gran devoción, preguntó al gato si quería algo, lo limpió y ordenó todo... Y después recorrió la casita, que era muy linda y que estaba solitaria en los campos. Al salir al jardinillo, un pequeño perro negro vino á acariciarla, correspondiéndolo ella con gran bondad.

«¿Estás agusto aquí?

¿Tienes algo que pedir?»

Oyó que le decía el perro, contestando ella: —Nada, amigo mío. Esto es muy lindo, y en la compañía de mis padres sería un en-

canto para mí el poder habitar esta casa.—

Desde entonces, el perro la siguió como el gato; y á ambos les dió bien de comer, antes de hacerlo ella, encontrando abundantes provisiones en la despensa. Y aunque muy triste el día entero por su constante pensamiento, disfrutó de la soledad sencilla y simpática de aquella casita, que no tenía salida sinó al jardín, de muy altas tapias.

Acostada ya, y después de rezar, acariciando á los animalillos se durmió tranquilamente, pensando en que pronto vería á sus amados padres.

Al despertar se extrañó mucho: estaba dentro de una cueva, no muy clara ni espaciosa en verdad; con sus vestidos de aldeana pobre, tendida sobre un montón de paja. Preguntó al gato y al perro que á su lado estaban:

—¿Qué cambio es éste, mis queridos amigos?... ¿Y la casita!...—

—Para acercarnos á tus padres, fué preciso abandonarla y venirse aquí!—

—Pues entonces todo va bueno, y muy contenta estoy. ¿Iremos pronto con ellos?... ¡Hoy mismo? Deben estar muy angustiados sin mí, y yo no vivo á gusto separada de su dulce compañía!—

—Los verás muy pronto. Tranquilízate.—

Se vistió. Y como no tenía escobas con qué barrer, muebles que arreglar, lumbre que encender, comida que preparar, casa que visitar, después de sus oraciones dijo:

—¿En qué podré entretenerme?—

Entonces se le acercó un borreguillo blanco, y balando y lamiéndole una mano, dijo:

«¿Estás bien aquí?

¿Tienes algo que pedir?»

¡No; mi querido cordero!... ¡Eres muy lindo!... Estoy bien en todas partes, como Dios esté conmigo. Lo único que os pido á los tres es que pueda ver pronto á mis padres!... Y ahora, como deseo daros de comer y aquí no encuentro nada, venid al campo conmigo.—

Salieron. Ella iba repartiéndoles caricias y ellos saltando complacidos, cuando se oyó un grito de alegría profunda.

—¡Hija! ¡Hija querida!...—

Y sin poderse explicar cómo, se encontró entre los brazos de sus padres. Lloraba de alegría, de amor, de entusiasmo, de agradecimiento, levantando á Dios su noble corazón...

Allí cerca estaba la cabaña que les servía de casa, y en ella entraron y pasaron días

felices; siempre la bondadosa niña interesándose por cuidar y mimar los animalillos que la acompañaban por todas partes, y



diciéndoles siempre, al darles de comer:

—¡Bien quisiera asistiros mejor, mis pobres amigos; pero no puedo!... ¡Mis padres son muy pobres, como veis!...—

—La buena intención basta, y estamos satisfechos.—

Un día dice al borreguillo:

—Sólo me falta para ser feliz encontrar á mi pobre hermana. ¡Si pudieras, amado amigo mío, decir qué debo yo hacer para hallarla!...—

—Rezar mucho para que Dios la acabe de perdonar. Cuando lo merezca, nosotros la traeremos; ten fé y esperanza.—

*
* *
*

Así vivieron mucho tiempo, en que la jovenzuela, cada vez más hermosa, buena y prudente, recordaba al Príncipe y su corte, el palacio, la casita y la caverna, como objetos vistos en un sueño: pero la confundía en tal pensamiento la realidad de sus buenos amigos los animalillos, cada vez más cariñosos para ella.

Al fin, un día desaparecen; y ella los busca, y llora desconsolada. Pero en su mayor aflicción oye alegres ladridos, maullidos y balidos... Eran los desaparecidos animales que traían á su hermana, la cual, abrazando estrechamente á todos, lloró amargamente diciendo que no podía quejarse; porque todo cuanto le pasó fué merecidí-

simo, pues tenía mal corazón, siendo una terrible egoísta; y que daba muchas gracias á Dios, porque aquel justísimo castigo la había hecho mejor.

Al otro día, nueva desaparición de los animalillos, y nueva aflicción muy profunda de la jovenzuela, que los llama triste (bañada en lágrimas) por todas partes. Pero se siente de improvviso transformada en la elegantísima doncellita del palacio del Príncipe, y allí al lado tiene á su dama de honor, que tomándole una mano le muestra hermoso carruaje y le dice con respetuosa inclinación: —¡Subid, señora, que mi señor el Rey llega á buscaros!—

Y en efecto; apenas habían arrancado los caballos cuando, al desvanecerse espesa nube de polvo en el camino, apareció la régia comitiva; el Príncipe, ya rey de grandes estados, venía en magnífico carruaje, acompañado de los tres animalillos, que saltaron de gozo al lado de la joven prometida.



Hubo grandes festejos en las reales bodas, y mucha felicidad en el matrimonio; y para los pobres campesinos, sus padres. La hermana casó muy bien en la Corte; y la Reina

gustaba de ir á pasar largas temporadas en linda casita de campo que se había mandado construir, parecida á la que ocupó un día en la soledad de los campos.

Los hijos que el Señor quiso concederla fueron santamente educados por ella, que supo transmitirles todas sus bondades; con lo cual los hizo muy dichosos.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.....	5
De viaje.....	9
Los yerbajos de la muerte	16
Los hijos del Conde.	26
El donativo de un pobre	44
El bastón prodigioso	59
La flautilla del mozuelo.....	75
La nube de las conciencias.....	88
La mansión de los genios de Naturaleza.....	96
El pajarillo encantado.....	111
La cereza del Príncipe	122
El perdón.....	138
Felicidad inesperada... ..	145
Los pensamientos.....	160

CUENTOS PARA LOS NIÑOS

(EDICIÓN RODRÍGUEZ)

Preciosa biblioteca de cuentos morales en elegantes tomitos de 16 páginas, ilustrados con preciosos y artísticos fotograbados y encuadernados con cubierta en cartulina con elegantes y alusivos cromos en diez colores.

Cincuenta y tres tomitos diferentes é inéditos, escritos por distinguidos literatos como Frontaura, Salvá, Bueno, Ossorio y Bernard, Benejam, Pérez Nieva, Vidal, Yanguas, Carbonell, etc., etc.

Constantemente se publican tomos nuevos. En preparación hay ocho.

10 céntimos de peseta ejemplar

Todos tienen la aprobación eclesiástica

Dirigir los pedidos á los

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ,

BURGOS

MUSEO DE LA INFANCIA

Linda é interesante Biblioteca de originales leyendas, cuentos y narraciones morales, escritos expresamente para esta colección por distinguidos escritores y maestros como Pérez Nieva, Frontaura, Yanguas, Bueno, Carretero, Francés, Benejam, Ossorio y Bernard, Vidal, Carbonell y otros.

La colección se compondrá de 32 tomos en 8.º mayor (175 × 118 milímetros) de 128 páginas, impresas en magnífico papel ahuesado, adornados con artísticos fotgrabados y encuadernados con lujosas y alusivas cubiertas al cromo en diez colores y oro.

TOMOS PUBLICADOS

Los Niños caritativos, La Hija del desterrado, Emilín, Socorrer al necesitado, La Tortilla de Magia, La Tiranuela, El Cristo Yacente, Antoñito, Enriqueta, Batalla campal, Luisito y El Pequeño aeronauta.

En preparación otros seis más.

60 céntimos de peseta ejemplar.

Dirigir los pedidos á los **Hijos de Santiago Rodríguez, Burgos.**



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Peseta .

Número.. 1999 Precio de la obra.....
Estante... 24 Precio de adquisición.....
Tabla.... 8 Valoración actual.....

Número de tomos.. ..





HIJOS DE SANTIAGO RODRIGUEZ
BURGOS.

1999